ni los soldados tenian sueldo, ni disfrutaban mas que algunas pequeñas gratificaciones, suponia que la mayor parte de este dinero iba á sepultarse en el tesoro imperial de Marruecos, Fez y Mequinez. Graberg de Hemsóo rebaja á la mitad de aquella suma las rentas anuales del imperio, suponiendo tambien que con tan cortos medios se cubrian todos los gastos públicos, y aun quedaban en ahorro mas de treinta millones de reales al año para aumentar el tesoro imperial, guardado ó mas bien enterrado en Mequinez por la avaricia de los últimos Sultanes. Poquísima industria en tanto, menos comercio que nunca; la justicia, como siempre, bárbaramente administrada, sin otras leyes que las del Coran como en la época de Badia, ni mas medio de hacerlas ejecutar que la violencia. Entretanto, los naturales del Mogreb-alacsa, que han solido mostrarse inquietos y amigos de novedades en todos los tiempos, habian recibido con los últimos sucesos mayor estímulo que nunca para seguir los impulsos de su condicion y alterar la paz del imperio. Acostumbrados á las libertades de la guerra, movidos ademas de su codicia y amor al saqueo; los unos con sed de peligros y de combates, con deseo de mandar y no obedecer los otros, sobraban combustibles en Marruecos para que ardiese todo en discordias. Pero Abderrahman, ya que de la prosperidad de sus súbditos no se cuidase, por lo menos á la conservacion de la paz supo atender, como queda dicho, con oportunidad y acierto. Su primer propósito fué indisponer á unas tribus con otras, evitando sus alianzas y haciendo de suerte, que las unas contuviesen en caso necesario á las otras. Este sistema de *divide et impera*, pocos lo han sabido llevar tan adelante como el actual Sultan de Marruecos. Asi fué como logró que el desasosiego en que quedaron las tribus berberiscas á la muerte de Muley Suleiman se fuese calmando poco á poco, sintiéndose débiles todas ellas para lanzarse á la lucha, temiendo ó desconfiando de las otras y de sus mismos individuos. A pesar de todo esto, se levantaron en 1828 algunos xiloes, y favorecidos por los soldados ludajas de la guardia del Sultan, lograron albo-

rotar un tanto el imperio; pero Abderrahman logró fácilmente vencer á los revoltosos. y castigando á los principales, dispersó á los otros en las diversas provincias del Mogreb, por manera que mas no volvieron á formar tribus ni familias. Pocos años despues se levantó hácia Sugilmesa un impostor que se llamaba Mahdi ó Mesías prometido de Mahoma, el cual soñaba acaso con seducir á aquellas gentes fanáticas y traerlas á sus banderas, fundando una dinastía por los mismos medios que otro como él fundó la de los Almohades. Pero el pasado escarmiento y las artes de Muley Abderrahman pudieron tanto en las tribus, que abandonaron bien pronto al impostor; de suerte que vino á morir en el olvido y en el desprecio su intento. De otras rebeliones hay alguna noticia; pero no parecen bien averiguadas ni seguras. La supresion del cautiverio y por consiguiente de las misiones españolas, inútiles ya en el interior del imperio; el haber fijado á Tánger como punto de residencia para todos los representantes europeos; la falta de viajeros y de comercio, han acabado ya en fin, por cerrar el conocimiento de las cosas interiores de Marruecos á los europeos, de manera que hoy se saben menos y mucho mas imperfectamente los sucesos particulares del imperio que en los siglos XVI y XVII, cuando tantos infelices cristianos poblaban las mazmorras africanas, y tantos renegados se abrian camino á los mas altos empleos del Mogreb-alacsa. Asi, pues, como en otro lugar queda ya indicado, lo que es un bien general para el género humano, se ha hecho causa de ignorancia para esta parte de la historia.

Lo mas notable y lo mas conocido en el reinado de Muley Abderrahman son sus contiendas con los europeos. En 1830 tuvo algunos propósitos el Sultan de restablecer un tanto la marina marroquí que era sin duda la base de la importancia política del imperio. Ya tenia puestos á punto de corso algunos buques, con los cuales pensaba acometer primeramente á la bandera napolitana, por hallarse mas quejoso que de ninguna otra, de esta nacion, cuando el rey de las dos Sicilias, enterado del caso, mandó inmediatamente á vigilarlos una escua-

dra compuesta de cuatro bageles de guerra. Emprendiéronse en seguida negociaciones entre el gobierno de Marruecos y el de Nápoles, y al fin ambas potencias hallaron satisfaccion á sus mútuas quejas. No dejaba de haber otras naciones contra las cuales se sentia movido el Sultan á emplear sus fuerzas marítimas; pero desde 1830 á 1832, en que se ajustaron las paces con Nápoles y se terminaron las diferencias pendientes con otros varios estados europeos, habian sucedido tales cosas en Africa, que obligaron á Muley Abderrahman á ser muy cauto en su política, consagrándose á una sola cuestion, que podia ser de vida ó muerte para el imperio. No es de nuestro propósito esplicar los motivos que tuvo el rey Cárlos X para declarar la guerra al bey de Argel, ni relatar los varios sucesos de aquella espedicion afortunada que de repente libró al mundo civilizado de tantas afrentas y continuos daños. Ello es que la Francia se apoderó de Argel. En los principios pudo creerse que no trataba de otra cosa que de formar alli un poderoso establecimiento con que impedir las piraterías de los berberiscos y atalayar mas de cerca las posiciones inglesas del Mediterráneo; pero antes de mucho hubo de conocerse que los intentos de aquella nacion eran mas grandes. Tomada Argel, los ejércitos franceses, hábilmente dirigidos, fueron estendiéndose por los anchos territorios de la antigua regencia, rindiendo los pocos lugares fuertes y empujando hácia los desiertos á las tribus y cabilas del pais que les oponian constante aunque flaca resistencia. Muley Abderrahman no tardó en comprender cuánto podia impotarle lo que pasaba. A la verdad los soberanos de Marruecos habian solido mirar con mas odio que buena voluntad á los beyes argelinos. Muy en los principios de la regencia fueron aquellas guerras que mas arriba relatamos entre Sala-Arraez y el Xerife Mohamed, muriendo este al fin asesinado por órden de uno de los señores argelinos. Mas tarde se sabe que en los tratos que mediaron entre Muley Xeque, el que nos entregó á Larache, y el rey D. Felipe III, se habló de conquistar á Argel, y el Xerife manifestó sin rebozo sus deseos al monarca español con

estas palabras: «Argel es la puerta de donde nos viene el da»ño á mí y á V. M., y dándome Dios paz en mi reino, irá »V. M. con armas por mar, y yo ayudaré á V. M. por tierra »para cerrar esta puerta y quedarnos sosegados de este daño.» Tambien el sanguinario Xerife Ismael quiso conquistar á Argel, y fué, como queda dicho, derrotado en una batalla sangrienta; pero ni él ni sus sucesores renunciaron á considerarse como verdaderos señores de aquella parte de Africa, teniendo sobre el territorio de Oran especialmente continuas pretensiones. Y bien puede asegurarse que los Sultanes del Mogreb-alacsa miraron con regocijo en los tiempos posteriores cuantas espediciones dirigieron contra Argel las naciones cristianas. Ni al mismo Muley Abderrahman causó al principio disgusto la empresa de los franceses y el desastre de Argel, dado que no juzgó que fuesen tan adelante: porque Cárlos V no pasó de Tunez, y las demas espediciones dirigidas al Africa habian solido contentarse con dominar las fortalezas del litoral, sin entrar en los yermos y soledades del interior, ni menos fundar en ellas colonias, como á la sazon estaba aconteciendo.

Mas viendo en tal punto las cosas, alarmóse Muley-Abder-rahman, adivinando que tarde ó temprano podian forzarle aquellos sucesos á luchar con los franceses; y desde entonces comenzó á prepararse para el caso emprendiendo una marcha política que ha solido desconcertar á los diplomáticos europeos, y que sus mayores adversarios han tenido que calificar de hábil en ocasiones. Comprendió el africano que el interés de la Inglaterra obligaba á aquella potencia á simpatizar con sus propósitos y redobló para con ella sus atenciones, estrechando la alianza que desde los tiempos de su tio venia establecida entre el *mexuar* de Marruecos y el gabinete de San James. Afectando luego una neutralidad estricta entre los franceses y los argelinos, abrió paso por sus estados á las armas y municiones que desde Gibraltar venian para estos, y no escaseó por su parte ningun género de auxilios para que los ejércitos franceses fueran destruidos en los desiertos donde se hallaban empeñados. La infatigable energía de Abdel-

Cader y sus hazañas, harto encarecidas por la fama y el fanatismo de los naturales debieron mantenerle por algun tiempo en la esperanza de que al fin los invasores del suelo de Africa serian aniquilados por los argelinos sin necesidad de que él, manifestando claramente sus simpatías, se espusiese á los azares de la guerra. Pero los recursos inmensos de la Hacienda y de la Marina francesa y la constancia de sus ejércitos, desconcertaron completamente tales esperanzas. Abd-el-Cader, despues de haber disputado palmo á palmo el territorio de la antigua regencia, llegó á la frontera de Marruecos, al S. O. de Tremecen, en los primeros dias de 1844, sin soldados ni recursos con que mas sostener la guerra. Habia pasado, pues, el tiempo de esperar y mostrarse indiferente: era preciso lanzarse claramente á la contienda, y en Muley-Abd-el-rahman no se sintió punto de irresolucion, llegado el trance. No falta quien suponga al Sultan arrastrado por sus propios vasallos á la guerra y por el ascendiente que comenzaba á tomar entre ellos Abd-el-Cader. Pero si bien se miran las cosas, parece evidente que Muley-Abd-el-rahman obró con harta deliberacion y propósito, teniendo muy de antemano imaginados los acontecimientos. Sea lo que quiera del fanatismo de los naturales, quien pudo enfrenarlos durante tantos años hubiera podido acallarlos para siempre, si tal hubiera sido su intento. Ello es que en las negociaciones que precedieron al rompimiento de las hostilidades, y en las que produjeron luego la paz, hubo mayor calma y detenimiento que suele demostrarse en los hechos obligados y precipitados por el ciego empuje de la muchedumbre. Y es seguro que si las tribus hubieran llegado á encenderse por sí solas en fanatismo y á obrar por su propia voluntad, ni habrian dejado de súbito la guerra porque el Sultan tratase de la paz, ni Abd-el-Cader habria sido expelido tan fácilmente del territorio marroquí, por mas que aquel lo pactara con los franceses. Asi como los Beni-watases de Fez no pudieron privar á los xerifes del poder que una vez les otorgaron para guerrear contra los cristianos, Muley-Abd-el-rahman no habria sabido separar de Abd-el-Cader á las tribus

y cabilas guerreras de sus estados si estas hubieran obrado á su albedrío, entregándose ciegamente á su entusiasmo y á su fé. La verdad es que Muley-Abd-el-rahman nunca demostró tanto su sagacidad como en esta ocasion: su principal cuidado fué impedir que las tribus se acostumbraran á mirar la guerra de Argel como cosa propia, y que otro pensamiento que el suyo reinase en el imperio y organizase la resistencia contra los franceses. La independencia anárquica con que viven en el Mogreb-alacsa las diversas tribus y familias, lo díscolo de su natural, y los ciegos impulsos de su ignorancia y barbarie hacen á la verdad difícil que el soberano pueda infundirles una idea comun, encaminándolas á un propio objeto, mas no es por eso menos cierto que Muley-Abd-el-rahman supo lograrlo, y que Marruecos obró como un verdadero estado en las circunstancias de que tratamos; mostrando tanta seguridad y desembarazo en las palabras, y tanta unidad y concierto en los hechos, como cualquier nacion europea podia mostrar en tal caso.

Comenzó el Sultan por enviar xerifes á las provincias que predicasen la «guerra santa,» soliviantando á las tribus guerreras con decirles que era llegado el trance de salir á la defensa del Coran y de los muslimes, aniquilando á los aborrecidos cristianos que habian osado poner el pié en la tierra de Africa. Al propio tiempo sus emisarios en Gibraltar y en Tánger sondeaban las disposiciones de los ingleses, por ver si podian arrastrarlos á alguna demostracion contra la Francia. Luego envió un cuerpo de tropas á Ugda, lugar situado en la frontera argelina al mando del alcayde Alí-el-gnaui, para que juntándose con las que Abd-el-Cader habia traido consigo, sirviesen de avanzada al grande ejército que debia reunirse. Alarmados como era natural, los franceses pidieron explicaciones de aquellos hechos; pero el Sultan, lejos de darles satisfaccion alguna, reclamó de ellos que abandonasen ciertos territorios del lado de Oran, donde tenian construida una fortaleza. La verdad es que los límites de Argel y de Marruecos no estuvieron nunca bien determinados por aquella parte, y que en-

tre los pueblos del lado allá del Muluya, frontera natural del imperio, solian recabar tributos unas veces los sultanes y otras los beyes; pudiendo decirse que estaban á merced del primer ocupante. Asi, pues, el derecho podia ser igual, y obrando de buena fé unos y otros, habria podido hallarse fácil avenencia. Pero no era tal el propósito del Sultan, y los términos arrogantes y absolutos de su pretension no dejaban esperar que fuese bien recibida de los franceses. Mientras duraban estas contestaciones iba acrecentándose el campo de Ugda con frecuentes refuerzos. El 30 de mayo llegaron de Fez numerosas hordas de caballería al mando de Sidi-Almamun-ben-Xerife, otro hijo de la numerosa prole de Sidi-Mohamed, y tio del Sultan reinante. No bien llegó al campo Sidi-Almamun, determinó invadir el territorio en cuestion sin declaracion ni intimacion alguna : atribuyóse este paso al ardor del caudillo y de sus soldados ; pero viniendo aquel dia de Fez, parece mas natural que obrase por instrucciones de la córte que allí residia. Puesto al frente de dos mil caballos escogidos, cruzó Sidi-Almamun el Guadi-mailah en compañía del alcayde Alí-el-gnaui, que tenia el cargo de gobernador de Ugda. Como unas dos leguas habrian andado, cuando tropezaron con las divisiones de los generales Lamoricière y Bedeau , que estaban en observacion del campo africano. El choque fué rudo ; los ginetes marroquíes se lanzaron bizarramente sobre los enemigos, creyendo, en su ignorancia de las armas, aniquilarlos de un golpe; pero el fuego certero de la infantería francesa no tardó en ponerlos en desórden, y antes de mucho hubieron de volver grupas, repasando de nuevo el Guadi-mailah en direccion á Ugda. Ya estaba arrojado el guante: la Francia no podia menos de levantarlo. A las reclamaciones del cónsul francés en Tánger contestó en los términos mas altivos el Sultan, por mano del secretario de las órdenes imperiales Sidi-Mohammed-ben-Edris, que hacia las veces de ministro de Estado. Decia este en sus despachos que los vasallos del Sultan, su amo, pedian con espantosos clamores la guerra : que lo de Guadi-mailah fué promovido por los franceses, y que antes de-

bian mostrarse agradecidos que no quejosos; porque ni uno de ellos habria escapado al justo furor de los muslimes si el alcayde de Ugda Alí-el-gnaui no los hubiese contenido piadosamente y apagado su esfuerzo invencible. Al propio tiempo insistió en que las tropas francesas evacuasen el territorio disputado. En vano interpuso su influjo el bajá de las provincias septentrionales del imperio Sidi-buselam, hombre prudente y muy amigo de los europeos; la córte imperial estaba resuelta á tentar la suerte de las armas.

El 15 de junio fueron nuevamente atacadas las tropas francesas, y esta vez con notable alevosía; porque habiendo solicitado el mariscal Bugeaud, gobernador general de la Argelia por los franceses, una entrevista del alcaide Alí el-guani para tratar de las paces, y viniendo en ello el moro, señalóse por lugar de ella las orillas del Guadí-mailah, y uno y otro acudieron allí, confiados en el seguro que mútuamente se dieran. Pero no bien se avistaron los dos jefes contrarios, cuando la escolta francesa que habia venido á proteger la conferencia, fué atacada vigorosamente por un cuerpo de mas de cinco mil marroquíes, que pusieron al principio á los franceses, harto menores en número, en grande aprieto. Vanos fueron los esfuerzos del mismo Alí-el-guani para detener á sus soldados: rompióse la conferencia, y poniéndose Bugeaud al frente de sus tropas, logró rechazar á los marroquíes despues de un sangriento combate. Acaso el mismo Sidi-Almamun, que provocó el primer encuentro, fuera autor de esta alevosía; porque á la verdad, parece inverosímil que un cuerpo tan considerable de tropas pudiera destacarse del campo marroquí sin conocimiento de los jefes, y menos contra su voluntad. Perdidas ya las esperanzas de que la paz se conservase, el mariscal Bugeaud se decidió á obrar enérgicamente. El 16 de julio, que fué el siguiente del combate, anunció al alcaide de Ugda que invadiría el territorio del imperio si en el término de cuarenta y ocho horas no aceptaba las condiciones de arreglo: desaprobacion completa de las agresiones que habian ejecutado las tropas marroquíes contra las

francesas; destitucion y castigo de los jefes que habian consentido y provocado tales agresiones; disolucion de aquel cuerpo de ejército; espulsion de Abd-el-cáder del territorio marroquí. Respondió el alcaide en términos vagos, que si bien no aunciaban una negativa absoluta, menos podian considerarse como bastante satifaccion de los agravios recibidos. El objeto era ganar tiempo, porque mientras estas cosas pasaban en la frontera, se hacian por todo el imperio grandes preparativos de guerra; ayudando en ello al Sultan y sirviéndole de ministro y consejero, su hijo primogénito Sidi-Mohamed, al cual confió en adelante el mando supremo de los ejércitos: mozo entusiasta y valiente, aunque no apto para tan difícil empleo. Hácense grandes levas en los alrededores de Fez, y las tribus guerreras del oeste acuden con numerosos escuadrones á servir en la guerra santa. En el pais de Mequinez fué tanto el entusiasmo, que no quedó un hombre útil en los aduares, todos se pusieron en marcha, dejando en ellos solamente á las mujeres y á los infantes y ancianos. Abrense los arsenales de Tánger y de Marruecos, y sácanse toda clase de armas y municiones para repartirlas entre la muchedumbre; y no bastando las rentas del año para gastos tan crecidos como esto originaba, se acude al tesoro imperial encerrado en los palacios de Mequinez, al cual en mas de un siglo no se habia tocado, y se sacan de él hasta dos millones de reales, cantidad no pequeña en aquellos paises. Pero el Sultan dilataba acaso el romper las hostilidades, por saber antes el partido que tomaria la Inglaterra. Esta nacion, tan interesada en la conservacion del imperio, no podia á la verdad dejarlo abandonado en manos de la Francia. No faltaron, pues, amenazas encubiertas y demostraciones de fuerza, y uno de sus ministros llegó á tratar duramente en el Parlamento al gobierno francés. Cruzáronse de una y otra parte despachos y notas diplomáticas, y la Inglaterra obtuvo de la Francia la solemne declaracion de que, fuesen cualesquiera las prosperidades y adelantamiento de sus armas, no guardaria para sí la menor parte del territorio de Marruecos, limi-

tándose á conquistar la paz. Con esto quedó tranquilo el gabinete de San James, y el de Francia se halló libre de aquel obstáculo tan temible (1). A la verdad los planes del Sultan se miraban en parte frustrados; ya sabia que no habia de contar con otras fuerzas que las suyas para luchar con los franceses; pero habia ido harto adelante para retroceder, y demas de esto, no era causa de poco aliento el saber que en todo trance de fortuna tenia segura la integridad de su territorio. Habíalo invadido al fin el mariscal Bugeaud, entrando el 19 de junio en Ugda, en cumplimiento de la amenaza que tres dias antes habia dirigido al alcayde comandante de las tropas imperiales en la frontera; si bien, contento con aquella demostracion y amago, evacuó á los pocos dias la ciudad conquistada y entró de nuevo en la Argelia. El Sultan, no bien supo esto, hizo marchar á la frontera á su hijo primogénito como comandante en jefe del ejército, y por sus tenientes á los valerosos caudillos de Ben-Amri, Ben-Ugda y Abassi; y para insultar mas á la Francia, reclamó de Mr. Nion Doré, su cónsul general en Tánger, el castigo de Bugeaud y de los demas generales que estaban á sus órdenes por haber violado las tierras del imperio. El cónsul le envió por respuesta el *ultimatum* de la Francia, que contenia las mismas condiciones de paz propuestas por el mariscal Bugeaud al alcayde de Ugda, señalando por término para romper las hostilidades el dia 2 de agosto. Lejos de responder el Sultan á tal demanda, envió diversas cabilas de montañeses á guarnecer el litoral, donde ya habia aparecido una escuadra francesa, encargada de apoyar y secundar las operaciones del ejército de tierra, y apresuró la marcha de los últimos refuerzos que en hombres y armas enviaba á su hijo, mandándole que comenzase la guerra en cuanto tuviese juntas todas sus fuerzas.

Cumplido, pues, el término del *ultimatum*, y rotas definitivamente las negociaciones de paz, los franceses abrieron

---

(1) Todos estos hechos están tomados de los documentos oficiales publicados por el gobierno francés en aquella época.

las hóstilidades por mar y por tierra. El príncipe de Joinville, comandante de la escuadra, recibió el 5 de agosto la órden de destruir las fortificaciones de Tánger y Mogador, puertos principales del imperio. Al amanecer del dia 6, la escuadra, anclada delante de la primera de estas plazas, comenzó á hacer sus preparativos para el combate. Estaba Tánger defendida por baterías que montaban unos cincuenta cañones y algunos morteros. Seis vapores franceses tomaron á remolque tres navios, una fragata de primer órden y tres bergantines, y los pusieron en línea y á corto trecho de aquellas baterías, sin que los marroquíes impidieran esta operacion, que era la mas importante de la jornada. A las ocho y media rompió el fuego el navio Almirante, que fué seguido por los demas buques, mientras un vapor lanzaba sobre la plaza multitud de cohetes á la congrève. La defensa de los moros fué mayor que podia esperarse, dado que con dejar acercarse á los buques franceses habian perdido todas sus ventajas; pero al cabo de hora y media, con harto mayor pérdida de ellos que de los contrarios, tuvieron que abandonar las baterías, reducidos á escombros los parapetos y desmontadas las piezas. Al estruendo del combate corrieron á la ciudad los montañeses encargados de guardar la costa; pero como los franceses no desembarcaron, limitaron sus hazañas á saquear las casas abandonadas por los habitantes, y á cometer otras violencias no menos graves. A las pocas horas la escuadra se hizo á la vela para Mogador, á donde se presentó el 11 de mañana; pero el mal tiempo que reinaba dilató el ataque hasta el 15. El puerto de Mogador está casi cerrado por una isla de muy cerca de dos millas de bojeo, y aqui habian plantado los marroquíes formidables baterías, las cuales cruzaban sus fuegos con otras situadas dentro del puerto y á lo largo de la costa. No bien estuvo á tiro de cañon la escuadra francesa, los defensores de Mogador, harto mas diestros que los de Tánger, rompieron el fuego contra ella: los buques avanzaron en silencio á ocupar cada uno el puesto que le estaba señalado; pero antes de conseguirlo sufrieron graves pérdidas.

Particularmente el navio *Jemmapes* salió muy mal tratado por el fuego de la batería llamada *Larga* que se estiende por la costa del oeste: fuego muy bien dirigido y que dilató un poco de tiempo la victoria de los franceses. Despues de un vigoroso cañoneo, estos lograron apagar los tiros de la plaza, y desembarcando en la isla quinientos hombres, conducidos por los vapores de la escuadra, se apoderaron de ella, ganándola palmo á palmo y á costa de mucha sangre. Rendida la isla, el puerto no opuso apenas resistencia, y dejando guarnicion en aquella, la escuadra se hizo á la vela para Cádiz. Y es notable que Mogador, lo propio que Tánger, fué saqueada por las cabilas que debian defenderla. La nueva de estos sucesos no alteró en lo mas mínimo al Sultan, puesto que desde los principios tenia puesta toda su confianza en el ejército de tierra, que continuaba acampado en las inmediaciones de Ugda. Durante todo el mes de julio y los principios de agosto, se habian empeñado diversos combates, aunque sin consecuencia, entre los marroquíes y los franceses. El plan del príncipe Sidi Mohamed, que mandaba á los marroquies, era atacar á los franceses por las montañas que corren á uno y otro lado de Ugda con considerables cuerpos de infantes, mientras que por las llanuras que se estienden al frente de aquella plaza hasta Tremecen habia de avanzar la caballería, envolviendo entre sus numerosos escuadrones al reducido ejército que los contrarios podian oponerle. En el caso de salir victoriosos del primer encuentro, la poblacion entera del pais se habria alzado contra los franceses, y los marroquíes se habrian adelantado á bloquear y asediar á Tremecen, Oran y Mascara, y aun la misma plaza de Argel. Pero todos estos planes y propósitos los desbarató un golpe la fortuna. El 13 de agosto el mariscal Bugeaud, determinado á entrar en campaña, levantó su campo en silencio, fingiendo un gran forrajeo para que los enemigos no se apercibiesen de su movimiento, y vino á alojarse en la ribera del Ysli hacia uno de sus recodos, desde donde caminó hasta dar vista, á cosa de las ocho de la mañana, al campo enemigo. Estaba este situado detras de unas

colinas que aparecian ocupadas y defendidas por tropas de infantes y de caballos: el grueso de la caballería repartido en dos divisiones iguales, cubria los flancos ó vertientes de las colinas al Oriente y al Occidente. El campo estaba defendido por once piezas de artillería, que eran las que arrastraba consigo el ejército. Por delante de las colinas formaba el Ysli un nuevo recodo que las servia de foso, aunque entre ellas y el álveo del rio quedaba una llanura algo estensa. La infantería de los marroquíes era muy escasa y compuesta de algunos grupos desorganizados: la caballería pasaba de veinte y cinco mil hombres, segun se dice, y eran las verdaderas tropas del imperio. En cuanto al número de los franceses, escedia poco de doce mil hombres; los ocho mil quinientos de infantería, y los otros de caballería regular é irregular, con diez y seis piezas de artillería, cuatro de ellas ligeras. No bien los divisó Muley Mohamed, cuando mandó á varios escuadrones de caballería que fuesen á disputarles el paso del Ysli, que habian de ejecutar de nuevo para llegar al campo. Bugeaud, al notarlo, envió algunas bandas de tiradores escogidos, que por la certeza de sus tiros y disparos obligaron á los contrarios á desalojar la orilla opuesta. El ejército francés pasó entonces y marchó sobre las colinas. Al verle en la mitad del llano que se estendia al pié de ellas, Sidi Mohamed mandó salir contra ellos la inmensa caballería que cubria sus flancos. Al punto los batallones franceses forman cuadros, de manera que todos sus cuatro frentes pudiesen responder al enemigo; en los ángulos de los cuadros presentaba sus temibles bocas la artillería, y cincuenta pasos adelante parejas de tiradores esperaban la carga. La caballería y las piezas ligeras y el estado mayor se mostraban como antes, á la cabeza de la formacion y en el punto mas avanzado hácia las colinas. Al llegar la caballería marroquí fué detenida un tanto por el fuego mortífero de los tiradores avanzados; no obstante, siguen la carga los ginetes mas esforzados y algunos llegan á tocar la línea de los tiradores: pero estos se arrojan repentinamente en el suelo, y los frentes de los cuadros abren

entonces el fuego de su terrible artillería. De cuando en cuando la artillería de los ángulos salia algunos pasos adelante y lanzaba de muy cerca la metralla sobre aquellas apiñadas masas de caballería. Sostuvieron el combate los marroquíes con gran valor por algun tiempo; pero era inútil: los fuegos de los soldados á caballo no causaban daño alguno á los franceses: no tenian lanzas ni organizacion militar que hiciese temible el empuje de la caballería; caian sin defensa los mas valientes, y cada instante se señalaba con horribles pérdidas entre sus filas. Entró, pues, el desórden al cabo, y comenzaron los ginetes á desbandarse por uno y otro lado. Bugeaud, que en el ínterin estaba acañoneando las colinas en cuya cima se miraba á Sidi Mohamed, que desde allí dirigia la accion, viendo el desconcierto de la caballería enemiga, vuelve contra ella sus cuatro piezas ligeras, y cogiendola entre dos fuegos, acaba de ponerla en fuga. Entonces la caballería francesa carga por tres partes á un tiempo y completa la derrota de los ya desordenados marroquíes. Los que fueron por el centro tomaron las colinas, y arrojándose en seguida sobre el campamento, se apoderaron de él á pesar de la desesperada resistencia de sus defensores. Los de los costados, hallando partida en dos á la caballería enemiga, fácilmente pudieron arrollarla. Sidi Mohamed llama á sí los fugitivos, y logra formar todavia á la izquierda del Ysli gruesos escuadrones; algunos cuerpos de caballería francesa que se adelantaron demasiado se encuentran gravemente comprometidos; pero los vencedores avanzan, su artillería vuelve á lanzar la metralla sobre los indefensos contrarios, su caballería amaga una carga, y entonces, sin mas poderlos contener el príncipe, se pone en desordenada retirada todo el ejército marroquí, los unos hácia las montañas, los otros por el camino de Teza. Fué insignifiante la pérdida de los franceses que no sufrieron apenas el fuego del enemigo ni pudieron ser alcanzados por su caballería. Mas considerable fué la de los marroquíes aunque no se les pudo seguir el alcance. La nueva de este suceso que solo podia ser inesperado con un absoluto

desconocimiento del arte de la guerra, llenó de dolor pero no desesperó un punto á Muley Abderahman. Pronto á luchar todavia, y confiado en romper entre los montes y yermos del pais á los franceses mas tarde ó mas temprano, comenzó á juntar nuevas tropas y á preparar nuevos pertrechos y armas. Pero en esto llegaron mensageros de parte de los franceses pidiéndole la paz. Ofrecian evacuar á Ugda y todo lo que habian ocupado en el territorio marroquí, con tal que Muley Abderrahman se comprometiera á internar á Abd-el-cáder en alguna provincia remota ó á espulsarle del imperio, y á no hostilizar á la Francia. El Sultan habia ya conocido que sus fuerzas no bastaban para conquistar la Argelia, y que para tal empresa no podia contar con ayuda alguna de los ingleses. Prestó, pnes, oido á los tratos, y por medio del bajá Sidi-Busilhan se ajustaron las paces en setiembre de aquel año de 1844, sin que exigiesen siquiera indemnizacion de guerra los franceses, porque segun se dijo entonces en aquel pais, «era bastante rica la Francia para pagar su gloria.»

En el mismo año en que se hizo esta paz terminaron las diferencias del imperio con Dinamarca, Suecia y Holanda. Pretendian estas naciones eximirse definitivamente del tributo que tenian costumbre de pagar al imperio para librar de las piraterías de los moros sus naves mercantes, y apoyaron su pretension enviando á las vecinas costas algunos buques de guerra; pero todo se arregló pacíficamente por mediacion de la Inglaterra, y porque realmente el Sultan no tenia recursos marítimos para exigir por fuerza la continuacion del tributo. Mayor importancia parecia tener la diferencia que casi al mismo tiempo que la francesa surgió con España. Llevaba ésta con paciencia que el tratado de 1799 no se cumpliese por parte de los marroquíes en ninguna de sus cláusulas; habia sufrido que desde 1837 tuviesen usurpados los moros el campo de Ceuta, impidiendo que los ganados de la plaza disfrutasen de él segun la costumbre antigua; y los buques españoles en las costas de Melilla, el Peñon y Alhucemas, habian sido mas de una vez acometidos y saqueados por los *rifeños*, sin que se

diese por nuestra parte señal de sentimiento alguno. Verdad es que el despego de las cosas de Africa habia llegado á punto que no faltó quien creyese que debian abandonarse nuestros presidios en aquella costa, sobre todo los menores; pensamiento indicado durante el siglo anterior por el famoso vencedor de *Cabo Sicié* D. Juan José Navarro, y que en la época de 1820 á 1823, volvió á reproducirse, marchando un comisionado español á Tánger con tal propósito. Pretendíase entonces que el Sultan diera á cambio de los presidios menores que se tenian por inútiles, alguna estension de territorio por la parte de Ceuta y alguna indemnizacion en metálico. Desde que la Francia se posesionó de Argel no debió haber ya ningun hombre de prevision política en España que pensase en la evacuacion de Melilla, el Peñon de Velez y Alhucemas; pero no por eso pudo cuidarse de ponerlos mas á salvo que estaban de las hostilidades de los moros. Solo habia sonado en España durante la última guerra civil el nombre de los presidios de Africa, cuando en ellos tuvo lugar aquella insensata rebelion carlista que pudo arrancarlos impensadamente á nuestro dominio. En tal punto las cosas, fué cuando sobrevino en 1844 la diferencia de que hablamos. Ejercia las funciones de vice-cónsul español en Mazagan un hebreo, de nombre Víctor Darmon, nacido en Marsella, de padre tunecino y madre francesa, mas bien á título de honor que porque realmente desempeñase funcion alguna. Darmon, dedicado al comercio, se indispuso con el bajá ó gobernador del distrito Haggi-Muza-ben-Mohammed-el-Gerbí, con los naturales y con sus mismos correligionarios por sus costumbres un tanto ligeras, y poco vistas en Africa. Un dia que Darmon se ausentó de Mazagan con ánimo de salir al encuentro del Haggi-Muza, fueron en su seguimiento algunos moros recelosos de sus intenciones, y originándose algun altercado entre el vice-cónsul y ellos se disparó por casualidad á lo que parece la escopeta de dos cañones que aquel traia consigo, ocasionando á uno de los africanos la muerte. Mandó entonces el bajá que se prendiese á Darmon, y á pesar de las protestas de los agentes

estranjeros, y violando la casa del vice-cónsul sardo donde habia tomado asilo, fué cargado de cadenas y metido en una mazmorra. Dió parte luego Muza con maliciosas observaciones al Sultan, el cual ordenó que inmediatamente se le diese muerte; y representándole el mismo Muza que era agente de España, contestó: «que él no ignoraba tal calidad, y que »aunque hubiera sido cónsul general debiera haberse cumpli»do sin tardanza la sentencia (1).» Sucedia esto á principios de 1844; y la España no se hallaba realmente á la sazon en el caso de castigar aquella arrogancia. Jamás el encono de los partidos políticos habia llegado entre nosotros á tan alto punto como llegó entonces. Habia prometido, sin embargo, uno de los mas autorizados gefes del partido, que en 1843 entró á gobernar nuestra patria, que vengaria la afrenta, tomando, despues de expulsado el *Regente del Reino*, cuarteles de invierno en Africa; pero solo fué aquella una frase vana. Dispúsose, es cierto, la formacion en Algeciras de un cuerpo de tropas, pero tan reducido que solo llegó á contar tres ó cuatro mil hombres, con algunas piezas de montaña, al mando del general Villalonga, hoy marqués del Maestrazgo. Dióse prisa á intervenir la Inglaterra en la contienda, y el gobierno español no pudo ni quiso entonces contrarestar su influjo. Hubo, pues, que pasar por la vergüenza de admitir en Larache un convenio que á 6 de mayo de 1845 firmaron el mismo Sidi-Busilhan-ben-Alí, que ajustó el tratado con Francia por parte de Marruecos, D. Antonio de Beramendi y Freire, cónsul general de España, y el cónsul inglés Drummond Hay, como mediador entre ambas potencias independientes. No está impreso ni lo merece este tratado: triste ejemplo por cierto de la decadencia á que puede llevar á las naciones el espíritu de discordia, y de lo que logran aunados contra su patria los revolucionarios desatentados, y los gobiernos intransigentes que no pueden ó no saben contar con el apoyo de la opinion pública, en sus legítimas aspiraciones. Reduciase

(1) Véase el *Manual del oficial en Marruecos*, varias veces citado.

por parte de los moros el convenio á ofrecer algo para no cumplir nada y á dejar el asesinato del vice-cónsul español sin castigo. Solo salió, pues, con honra de aquel trance la mujer de Darmond, porque, como conviniesen los marroquíes en entregar por desagravio y precio de la sangre derramada la cantidad de 5,000 reales, ella se negó obstinadamente á recibirlos. Si España estimaba en tan poco la sangre de sus servidores, por aquel tiempo, la esposa supo mostrarse mas digna. La única señal de vida que hasta fines de 1847 dió luego España en la vecina costa africana, fué la ocupacion de los islotes peñascosos llamados *las Chafarinas*, que en aquel mismo año fué á efectuar en persona el general Serrano y Dominguez, que desempeñaba entonces la capitanía general de Granada, por temor de que se anticipasen á ocuparlos los franceses.

Estuvo en paz con estos Marruecos hasta 1851 en que nuevas y graves dificultades se suscitaron entre el Sultan y el entonces presidente de la república francesa. Los moros de Salé, fieles á sus antiguas costumbres, robaron un buque francés y atropellaron luego la casa del cónsul, que pidió satisfaccion del hecho. El almirante Dubordieu, con un navío y tres vapores, se presentó de improviso delante de aquel puerto el 25 de diciembre, y exigió una indemnizacion de 200,000 francos y el castigo de algunos culpables. Ya iban á empezar á bombardear la plaza, cuando los saletinos propusieron algunas dilaciones, y fué fortuna para los franceses porque las alteraciones de aquel peligroso mar habian puesto á sus buques en una posicion poco ventajosa. Al dia siguiente se deshicieron los tratos; y roto el fuego á las diez de la mañana, fué vigorosamente contestado por los marroquíes hasta las tres y media de la tarde, en que todos sus cañones quedaron desmontados. Desde aquella hora hasta las cinco y media los buques franceses bombardearon impiamente á la ciudad, que fué totalmente incendiada. Lo estraño del caso es que desde la vecina plaza de Rabat apenas hostilizaron á los franceses, á pesar de ver tan maltratados á sus hermanos, cuando entre unos

y otros, obrando de consuno, pudieran haber puesto en notable aprieto á la escuadra. Trató el almirante francés con los de Rabat una neutralidad que no sabemos en qué pudiera justificarse. En seguida la escuadra amagó un nuevo ataque sobre Tánger, pero las autoridades marroquíes cedieron á cuanto se les exigia, y no tuvo lugar el hecho. En cuanto el Sultan tuvo noticia de tales acontecimientos, obrando con su ordinaria energía, desaprobó la conducta de sus autoridades en el litoral, é hizo avanzar hácia las ciudades amenazadas considerables cuerpos de tropas. La guerra parecia otra vez inminente; cuando los consejos de los ingleses ó su propia prudencia inspiraron al fin al Sultan menos belicosas ideas, y, cambiándose mútuas satisfacciones, se conservó la paz entre las dos potencias. Pero al mismo tiempo que sucumbian los marroquíes á las exigencias de los franceses, que habian sabido hacerse respetar de ellos, sus hostilidades á España, y contra Melilla especialmente, crecian de dia en dia. No concontentos con haber usurpado los antiguos límites de esta plaza, lo mismo que los de la de Ceuta, molestaban continuamente con disparos de cañon á aquella guarnicion y moradores, que en vano empleaban para escarmentarlos el cañon y mortero, segun las estipulaciones del tratado vigente todavia. Creóse á fines de 1847 una capitanía general de Africa en Ceuta, y al año siguiente se organizaron dos batallones ligeros, compuestos de voluntarios, con destino á las guarniciones de Africa, y dos escuadrones de caballería lijera con la propia forma y objeto, por manera que hubo razon para esperar mayor energía y mas eficacia en lo sucesivo respecto de las cuestiones con tanta frecuencia suscitadas en la costa vecina. Fueron nombrados capitan general D. Antonio Ros de Olano, segundo cabo D. Antonio Ordoñez, y gobernador de Melilla el general D. Ignacio Chacon, todos ellos soldados de buen nombre. No suspendieron por eso sus hostilidades los moros de Melilla. A castigarlos salió de la plaza el general Chacon en junio de 1849 al frente de setecientos infantes y un escuadron de caballería, y en tres columnas acometió á los

moros en sus ataques ó posiciones contra la plaza, matándoles mas de cien hombres y destruyéndoles el cuartel llamado de Santiago, y los parapetos y municiones que tenian preparados. Pero al retirarse á la plaza los españoles, despues de cumplido su objeto, fueron vivamente cargados por los moros, y éstos lejos de desanimarse con aquel ataque, cobraron nuevo aliento tomando por triunfo de sus armas lo que era necesidad indeclinable de la guarnicion destinada solo á conservar la plaza. Por su parte el general Ros de Olano destruyó con su lealtad el proyecto concebido por algunos intrigantes extranjeros para apoderarse de Ceuta y su castillo de la Almina, durante las revueltas que en aquel año de 1848 azotaron á Europa y á España misma. Poco despues dejó el general Ros á Ceuta, y aunque por de pronto tuvo sucesor, no tardó en ser aquella capitanía general suprimida, y suprimidos tambien los cuerpos especiales creados para la defensa de las posesiones de Africa. Hubo, sin embargo, en agosto de 1849 momentos en que parecia el gobierno español resuelto ya de todo punto á emprender alguna espedicion al Africa. Los moros seguian hostilizando á Melilla, y aunque el cabo de Benisidel, que era el mas temible de sus caudillos, se prestó á entrar en tratos con el general Chacon, no tenian estos al parecer otro objeto sino apoderarse alevemente de su persona y sorprender acaso la plaza. El gobierno de aquella época era mas fuerte que los que le habian precedido, y tenia un ejército numeroso y disciplinado, de modo que no parecia inverosímil ni descabellado el propósito. *El Heraldo*, periódico que casi oficialmente lo representaba, llegó á declarar un dia que «decididamente se reunian tropas españolas en Ronda y »otros puntos de Andalucía cercanos á nuestras posesiones de »Africa, y que en breve pasarian el Estrecho las fuerzas des»tinadas á la espedicion.» Pero ni las fuerzas que se mandaron rèunir con efecto eran suficientes para emprender operacion ninguna en Africa, ni aquellas palabras sirvieron para otra cosa que para distraer por algunos dias á la opinion pública de las ardientes cuestiones interiores que la agitaban.

Continuaron, pues, las cosas como estaban, y los moros con su cañon hostilizando á Melilla, hasta que á principios de 1854 se empezó á organizar una expedicion extraña al mando del brigadier de marina Pinzon, comandante general de guarda-costas, que ni por su fuerza ni por su organizacion parecia propia tampoco para lograr con ella efecto alguno en Africa. Deshízose esta expedicion bien pronto con los sucesos políticos de aquel año, y desde 1854 á 1856 los moros fronterizos de Melilla se mostraron mas audaces y mas intratables que nunca. Fué entonces á mandar en la plaza el brigadier Buceta, soldado de valor sin duda alguna, el cual no pudiendo sufrir con paciencia los ataques de los moros, hizo varias salidas contra ellos con frutos semejantes á los que de la salida del general Chacon se habian obtenido. Los moros, aunque ahuyentados de sus ataques y puestos en fuga al principio, cargaban luego sobre la guarnicion al retirarse á la plaza, la causaban crecidas pérdidas, y luego se aclamaban como siempre vencedores. Fué á dirigir una de estas pequeñas expediciones en persona el general Prim, que desempeñaba entonces la capitanía general de Granada, y acompañado del gobernador Buceta, acometió á los moros por dos dias seguidos, peleando gefes y soldados con el valor de siempre, mas no con mayor fortuna. Ni era posible alcanzarla cuando tales empresas se acometian con fuerzas que no pasaban de ochocientos á mil hombres entre soldados y presidiarios, y sin artillería; y cuando nada se proponian en ellas los españoles sino pelear durante las horas de sol para volverse al oscurecer á sus cuarteles en la plaza. Tornó, pues, el general Prim á España con el convencimiento de la inutilidad de tales salidas, y poco despues se prohibieron formalmente, con grande acierto sin duda, porque en las últimas que se hicieron fueron mayores que nunca nuestras pérdidas por la experiencia que iban adquiriendo los moros, y menores aun que de ordinario las ventajas. De esta suerte volvieron á continuar las cosas como estaban durante algun tiempo sin otros sucesos notables que la sorpresa venturosa que logró cierta noche uno de los gober-

nadores de la plaza, apoderándose sin pérdida alguna de uno de los cañones de los moros; y la emboscada en que cayó al querer repetir aquella hazaña un destacamento de presidiarios mandado por el ayudante de la plaza llamado Alvarez, que quedó cautivo por algun tiempo entre los moros.

Al fin el gobierno presidido por el conde de Lucena fijó sériamente su atencion en Africa. Logróse que devolviesen los moros al ayudante cautivo; logróse que el Sultan prestase oidos á nuestras reclamaciones, y para apoyarlas se hizo en los primeros meses del pasado año una demostracion marítima que se confió al general D. Segundo Diaz Herrera, con siete vapores, los mas de ellos de poca fuerza, y destinados á la guarda de las costas. La presencia de esta pequeña escuadra, y las gestiones acertadas del cónsul español en Tánger Don Juan Blanco del Valle, redujeron al Sultan á aceptar por primera vez la responsabilidad de los hechos de los moros fronterizos de Melilla y de los demas presidios menores, prestándose á pagar una indemnizacion conveniente por un buque mercante español, apresado en aquellas costas; y poco despues, en 24 de agosto, el ministro de Relaciones Exteriores del Sultan y el cónsul general de España firmaron en Tetuan un convenio relativo á las plazas del Peñon, Alhucemas y Melilla, por el cual se estendian los límites de ésta al alcance del cañon de veinte y cuatro, y se señalaba luego desde los límites un ancho campo neutral á fin de separar á los españoles y moros, y quitar la ocasion de las hostilidades. Para que el convenio tuviese cumplimiento en este punto el Sultan se comprometió ademas á tener constantemente en el confin del campo neutral una guardia de *moros de rey*, ó soldados regulares que reprimiera á las feroces cabilas rifeñas. Pero antes de firmarse este ventajoso convenio habia nacido otra ocasion de discordia harto mas grave, y que ha tenido tristes consecuencias para el imperio. El gobierno español habia proyectado para asegurar mas á Ceuta, construir tres fuertes aislados, el uno al frente, y los otros dos dominando las ensenadas que se forman á ambos lados de la plaza; y á principios de agosto se

comenzó á edificar un cuerpo de guardia en el sitio llamado *ataque de Santa Clara*, con el fin de protejer los trabajos cuando se empezasen, y vigilar sobre todo á los presidiarios que se habian de emplear en ellos. En la noche del 10 de aquel mes los moros de la vecina tribu de Anghera destruyeron la obra empezada, arrancando y destruyendo la garita en que se situaba el centinela de caballería de la compañía de lanzas sobre la altura llamada del *Otero.* Siguióse á esto una protesta de los moros contra el proyecto de fortificar el campo, que consideraban suyo; y llenos de soberbia con la impunidad pasada derribaron los pilares que señalaban la línea divisoria, echando por tierra las armas de España que ellos sostenian. Salió la guarnicion de Ceuta, que mandaba el brigadier Gomez Pulido, y repuso solemnemente las armas en su lugar; pero fueron derribadas de nuevo durante la noche. En el ínterin, apenas tuvo noticia de la ocurrencia, dirigió el cónsul general D. Juan Blanco del Valle una nota al ministro de Negocios Estrangeros del Sultan, residente en Tánger, reclamando satisfaccion; y el ministro pidió un plazo para la respuesta. Pero los moros redoblaron al propio tiempo sus insultos y el gobernador de la plaza, por evitarlos, suspendió las obras comenzadas dando cuenta al gobierno. Ya habian hecho los moros fuego á la plaza, y habia tenido lugar una pequeña escaramuza: ya el gobierno español habia mandado reforzar con algunos cuerpos escogidos la guarnicion de Ceuta; ya estaba resuelta la formacion de un egército de observacion para apoyar de verdad nuestras quejas, cuando la muerte del viejo Sultan vino á aplazar un tanto las negociaciones y las medidas de represion que disponia España. Muley-Abderrhaman, aquejado tiempo habia de una enfermedad que la falta de medicacion oportuna hizo mas penosa de lo ordinario, murió en Mequinez de los Olivares á 29 de agosto del propio año de 1859, contando á la sazon ochenta y uno de edad y treinta y siete de reinado.

Era este Sultan afable como el que mas de sus antecesores, y en cambio no afeaban su conducta la mayor parte de los vi-

cios que son comunes á los de su nacion y de su ley. Durante sus últimos años disfrutó de una tranquilidad completa el imperio gracias á su prudencia y su justicia. Sus hijos no le habian dado disgusto alguno, cosa rara en la historia del imperio. Sus vasallos le habrian llorado mucho á no haber sobrevenido sucesos que distrajeron su atencion profundamente de los objetos pasados para no pensar mas que en los presentes. La muerte de Muley-Abderrhaman coincidió, como sabemos, con el tantas veces aplazado cumplimiento de las amenazas de España.

XVI.

Muerto Muley-Abderrhaman fué proclamado Sultan al dia siguiente su hijo Sidi-Mohammed-ben-Abderrhaman, que habia señalado por su sucesor el difunto, y que debia ocupar el trono atendiendo al derecho de primogenitura. Fué entonces á lo que parece por extremo leal la conducta que tuvo con su hermano primogénito Muley-el-Abbas, que residia á la sazon en Fez, al lado del padre, y que desde el primer momento se declaró por Sidi-Mohammed, disponiendo que fuese proclamado segun la costumbre del imperio. Hízose, pues, la proclamacion en Fez en la famosa mezquita de Muley-Ydris, con asistencia de todos los faquíes y grandes dignidades mogrebinas; y luego fué reconocido el nuevo Sultan en todas las ciudades importantes del territorio. La genealogía de este príncipe, que comienza ahora su reinado, es la siguiente:

1.º Alí-ben-Abí-Thaleb, muerto en el año 661 de la era cristiana, el cual tuvo por sobrenombre Almortadha, que quiere decir *el agradable á Dios*, y era árabe de la antigua tribu de Hacem: este estuvo casado con Fátima, llamada *la Perla* por ser hija única del Profeta.

2.º Hosein ó Husain-as-sebet, que quiere decir *el sobrino*, muerto en 680; del cual viene el patromímico *el hoseinita*, que levan todos los xerifes.

3.º Hasan-el-Mexua, esto es, el golpeador, que murió en 719, y era hermano de un Mohammed, del cual pretendia descender aquel Mohammed-ben-Tennert-el-Horarghi, que fundó la dinastía de los Almohadas.

4.º Abdallah-Alcamel ó el *perfecto*: murió en 752 y fué padre de Ydris, tronco de los idrisitas: sus hermanos fueron seis, á saber: Mohammed, Yahya, Suleiman, Ybrahim, Ysa y Alí.

5.º Mohammed Almahdí, y por sobrenombre *Nefs assaquia ó alma justa*, el cual murió en 754 y tuvo cinco hijos, troncos luego de numerosas familias. El autor del *Nozhat-el-hadi* (libro árabe que trata de las dinastías reinantes en el Mogreb-alacsa durante el siglo XI de la egira) supone, apoyándose en ciertos autores que cita, que entre este Mohammed y Alcásim mediaron tres generaciones, á saber: Abdallah-al-Yxter ó el tuerto, Mohammed-Alcabal ó el corto, y el Masan-el-Axir; de este añade que vinieron Alcásim y otros ciento y cinco hijos.

6.º Alcásim, muerto en 842: de uno de sus hermanos, llamado Abdallah, se cree que descendian los califas fatimistas que reinaron en el Mogreb y en Egipto.

7.º Ysmael, que acabó sus dias en 890.

8.º Ahmed, en 901.

9.º Alhazem, en 940.

10. Alí, en 970.

11. Abu-Bcer, en 996.

12. Alhasam, en 1012.

13. Abu-Becr-el-A'arafat, ó el conocedor, en 1043.

14. Mohammed, en 1071.

15. Abdallah, en 1109.

16. Hazem, hermano del anterior Mohammed, muerto en 1132.

17. Abulcásim-Abd-er-Rahman, en 1207.

18. Mohammed, en 1236.

19. Alcásim, en 1271, padre de ocho hijos, de los cuales fué acaso el mas jóven.

20. Alhazem, que en 1266 vino al Mogreb-alacsa á instancias de la tribu amazirga de Maghrawa y se estableció en Sugilmesa y en Daráa, donde se hizo tronco de las dinastías de xerifes que reinaron en el Mogreb-alacsa. Murió en 1326.

21. Mohammed, en 1361.

22. Alhazam, que murió en 1391, fué padre de Mohammed y abuelo de Hazem, que en 1507 fundó en el Mogreb-alacsa la primera dinastía de los xerifes hozeinistas, que doce años mas tarde se estableció en Marruecos.

23. Alí, muerto en 1437: fué el primero que tomó el nombre de xerife; pasados los cuarenta años tuvo dos hijos, el primero en una concubina, que se llamó Muley-Mohammed y el otro en mujer legítima, que tuvo por nombre:

24. Yusuf, el cual se retiró á la Arabia, en donde murió por los años de 1485. Cuéntase de él, que no habiendo tenido hijo alguno hasta la edad de ochenta años, tuvo luego cinco, siendo el primogénito de ellos.

25. Alí, muerto en 1527, el cual tuvo ochenta hijos varones.

26. Mohamed en 1591, fué padre de muchos hijos, y entre otros de

27. Alí, que vino desde Yambó en Arabia al Mogreb-alacsa, y fundó en Tafilite la actual dinastía de los Xerifes Hoseinistas, apellidados Filelis. Murió en 1632.

28. Muley Xerife, que murió en 1652, tuvo ochenta y cuatro hijos, y ciento veinte y cuatro hijas.

29. Muley Ismael, muerto en 1729, padre de innumerables hijos.

30. Muley Abdallah, muerto en 1757.

31. Sidi-Mohammed, en 1789.

32. Muley Hixem, en 1794.

33. Muley Abderrahman, padre del actual reinante.

Frisa Sidi-Mohammed en los cincuenta años, y es mulato como muchos de sus antepasados. Tiene nueve hermanos, y entre ellos dos de madre, habidos como él por Muley Abderrhaman, en la sultana Leila-ben-Sidi; uno de los cuales, se lla-

ma Muley Suleyman y Muley-el-Abbas el otro. Hasta ahora solo uno de sus primos llamado Muley Suleyman, parece que quiere disputarle el imperio, apoyado como todos los pretendientes en las indóciles tribus del Sur del Imperio. Sea cualquiera la importancia de estas pretensiones, lo cierto es que en medio de las circunstancias dificilísimas que le rodeaban, Sidi-Mohammed ha subido al trono con una tranquilidad desconocida en tiempo de sus antecesores. Han debido ser parte para ellos sus circunstancias personales, porque es generalmente tenido por valiente y sábio; pero además poseia muchas riquezas, habia sido *califa* ó lugarteniente de su padre, y aunque poco afortunado en la guerra con los franceses, tenia siempre partido en el ejército que mandaba, y que sabia, á pesar de su rudeza que no era á él á quien podia atribuirse la fácil derrota de Ysly, sino á la ineficacia de la caballería sola para combatir con los formidables cuadros de la infantería francesa. Por otra parte los mas de los alcaides, bajás y funcionariós le debian su fortuna porque él habia influido mucho en el imperio durante los últimos años del reinado de su padre. Las cabilas y el vulgo de las poblaciones, no parece que le amen mucho sin embargo, y preferirian tener por señor á su hermano Muley-el-Abbas, segun ha podido averiguarse en sus recientes relaciones con los españoles. Era ya acusado Sidi-Mohammed al subir al trono de ser por estremo severo y algo aficionado á los usos y costumbres de los europeos; suponiéndose que no habia introducido aun grandes reformas en Marruecos, su residencía habitual, por no disgustar á su anciano padre, que era muy opuesto á todo género de innovaciones. Ahora el disgusto será mayor en el imperio por los desastres de la guerra con España y no falta quien diga que comienzan á apellidarle como á Boabdil el *zoigobi* ó el desdichado.

Sobrevino la guerra con España á pesar de los deseos que realmente tenia el sultan de mantener la paz y de los esfuerzos mayores que nunca que hizo para impedirla la diplomacia inglesa. Desde que el general Herrera apareció con su escuadrilla delante de Tánger, el ministerio inglés alarmado pidió con su

ordinaria altivez esplicaciones. A medida que fueron agravándose las circunstancias, fué mayor la inquietud del gobierno y de la nacion inglesa acostumbrada ya á considerarse como señora de la costa de Africa, y á no ser contradicha por España. Pero el peligroso estado del mundo, la prepotencia adquirida por la Francia en el continente, la debilidad de los actuales ministerios ingleses en medio de las corrientes políticas que agitan en diversos sentidos la carcomida constitucion británica, y el convencimiento de que oponerse á la guerra de Marruecos era renunciar para muchos años á la amistad y alianza de la Península, hicieron al fin á los hombres de estado de aquella nacion, ser mas prudentes con nosotros que lo habian sido con los franceses en ocasion semejante. Contentáronse, pues, con la vaga declaracion de que no ocuparia España punto alguno que estorbase la libre navegacion del Estrecho y abandonaron luego al sultan á su suerte. Era en tanto indecible el entusiasmo en España. No era solo la afrenta de los últimos dias lo que se proponia vengar en Africa: era la afrenta constante de medio siglo. No era solo un interés actual el que la movia á la guerra; era tambien el interés de su honra pasada y de su regeneracion futura. La España entera lanzó por lo mismo un grito de indignacion al saber el atentado de Ceuta, y engañada tantas veces en sus belicosas esperanzas, pidió resueltamente la guerra. El gobierno que presidia el conde de Lucena no pudo entonces oponerse á aquel unánime impulso. Las dilaciones tal vez necesarias, los escrúpulos tal vez escusables de los marroquíes, se tomaron en la Península por nuevas y calculadas afrentas. No habia medio de avenencia: la España queria pelear á toda costa, mientras el nuevo sultan, mal seguro en su trono, deseaba mas vivamente cada dia la paz. Consintió Marruecos en el castigo de los culpables, consintió en que se fortificase el campo de Ceuta, consintió en dar á esta plaza mayores límites que habia tenido aun antes de la usurpacion de 1837; y nada bastó, sin embargo, para calmar la justa cólera que escitaba el recuerdo de las afrentas hasta aquel momento sufridas. Pidió el gobierno español al

sultan por límite de Ceuta las alturas de Sierra Bullones, á manera de indemnizacion de los sacrificios que sus pasadas hostilidades nos habian impuesto; y como se negasen sus ministros á acceder á la demanda, sin autorizacion espresa de su soberano, el dia 22 de octubre de 1859, declaró el Presidente del Consejo en las Córtes, en medio de un frenético entusiasmo, que la España iba á apelar á las armas. Algunos dias despues el mismo Presidente del Consejo de Ministros nombrado general en jefe del ejército, salió para Cádiz á tomar el mando y disponer la jornada.

Pocos dias hace aun que ha terminado esta guerra con gloria para la nacion española, para su ejército y su gobierno: con gloria para la Reina Isabel, en quien se personifican naturalmente todos los grandes intereses pátrios. Desde que en 19 de noviembre del año anterior ocupó el general Echagüe el *Serrallo* y sus inmediaciones hasta que al amanecer del 25 de marzo se suspendieron las operaciones militares, la Europa ha presenciado con admiracion y aplauso el espectáculo de nuestro patriotismo, de nuestro valor y de nuestra fortuna. A un tiempo mismo la España se ha sentido digna de sí propia, y los nuevos destinos de la monarquía se han dibujado con sonrosadas tintas en el horizonte de la historia. Espener todas las hazañas, citar todos los nombres que han honrado juntos el valor y la victoria, referir minuciosamente los sucesos políticos, diplomáticos y militares, es tarea que se ajustaria mal al objeto de estas páginas y que no entra poco ó mucho en nuestro propósito. De la guerra de Marruecos, mas feliz que otras en ello, recojerá sin duda la España venidera, curiosas relaciones y memorias llenas de pasion, de vida, de entusiasmo, de ingenio las más, de verdad todas; y será gran fortuna por cierto para los historiadores futuros tener á mano materiales de tanta importancia. Y aun es de esperar que se escriban tambien *Memorias* militares, técnicas, facultativas que aclaren los sucesos, que enseñen á los venideros á reparar las faltas cometidas ahora, que les muestren la senda por donde deben ir para esceder los aciertos presentes. Pero hoy

aun no es posible ofrecer en breves páginas la fria y concienzuda apreciacion de la historia y por eso seremos muy sóbrios al llegar á este punto. Séanos lícito, sin embargo, recordar algunos hechos y citar algunos nombres con la estimacion que hoy unánimemente les consagra la opinion pública. La creacion de un ejército de cuarenta mil hombres y más de sesenta cañones en Algeciras, Cádiz, Málaga y sus inmediaciones, ejecutada en breves dias por medio de la vía férrea del Mediterráneo y los vapores de guerra y mercantes de la marina nacional: la organizacion de campaña de este ejército llevada á término en dos meses escasos aunque las tropas no habian formado nunca brigadas, divisiones ni cuerpos, desconocian los hábitos y hasta el material de los campamentos, y no tenian trenes de sanidad, ni almacenes, ni transportes, ni nada de lo que necesitaban regimientos dispersos en pequeñas guarniciones, para aventurarse á invadir una tierra estraña y desierta, con el mar á las espaldas; la escelente constitucion en que se halló á la infantería, y principalmente á los batallones de cazadores; la perfeccion de la artillería, rayada ya cuando solo la Francia habia puesto en práctica el nuevo sistema; la buena disposicion de la caballería, que, aunque en escaso número, se ha mostrado digna de su antiguo nombre en España; la sólida instruccion manifestada por los ingenieros y por el cuerpo sanitario y administrativo; por último, la prontitud con que se regularizaron todos los servicios militares del ejército son cosas dignas de honrar para siempre en primer término al conde de Lucena D. Leopoldo O'Donnell, ministro de la Guerra y general en jefe; y en segundo término al general Mac-crohon, que interinamente desempeñó luego este ministerio y á los directores de las armas D. Francisco Serrano y Dominguez, don Antonio Ros de Olano, D. Juan Zavala, D. Antonio Remon Zarco del Valle, D. Cayetano de Urbina y D. Nicolás Briz: cada uno de los cuales ha merecido sobradamente la confianza y la gratitud de su patria. Las hábiles y esforzadas operaciones de desembarque, ejecutadas por la marina de guerra por primera vez empleada en grande escala desde la ruina de nuestro po-

der naval, honran de la propia suerte á los generales y jefes que la han dirigido.

Justo es tambieu al celebrar los servicios prestados al ejército por la marina de guerra recordar de nuevo el nombre del general Mac-crohon, activo y celoso ministro del ramo. Y en cuanto á los hechos de armas son muchos los que sin duda quedarán escritos con caractéres indelebles en nuestra historia (1). Dignas son de esta honra la reñida accion que entre los espesos bosques que rodeaban la línea del *Serrallo* y en la línea misma no fortificada todavía, sostuvo contra los moros el 25 de noviembre la vanguardia del ejército, sola aun en el territorio africano, bajo el mando del general Echagüe gloriosamente herido, y con un caballo muerto en el choque; la accion del 30 del mismo mes en que rechazó valientemente un ataque enemigo el propio primer cuerpo ó de vanguardia bien dirigido por el general Gasset en aquel encuentro; la accion del 9 de diciembre en que el general Zavala se mostró digno de su reputacion antigua; la esforzada y hábil defensa que hizo de su campamento el general Ros de Olano, en varias ocasiones y principalmente en 30 del mes citado, y aquella série, en fin, de sangrientos combates que sostuvo el ejército mientras se acostumbraba á la práctica de la guerra, cobraba confianza en sí mismo y en sus caudillos, se endurecia en la fatiga, fortificaba su base de operaciones en las alturas del *Serrallo*, abria el camino á Tetuan y completaba su aprovisionamiento; trances todos en que lo mismo que los principales caudillos, cumplieron los subalternos generales, jefes y oficiales con su deber y se señalaron los soldados con hazañas singulares, no diversas de las mas preciadas de otros siglos. Al fin, en 1.° de enero del presente año emprendió la marcha

(1) Como nuestro propósito no es describir la guerra sino apuntar sus mas notables hechos, nombraremos solo á los comandantes generales de los cuerpos y no á los generales de division, jefes de brigada y demás generales y jefes que han coadyuvado á los triunfos obtenidos. La historia detallada de la guerra hará al valor de todos la justicia que no nos es dado hacerles á nosotros en este momento.

sobre Tetuan el general O'Donnell, conde de Lucena, con los cuerpos de los generales Zavala, Ros y la reserva, al mando del general Prim, conde de Reus, dejando al general Echagüe custodiando con sus tropas la línea del *Serrallo*; y el mismo dia, en el sitio llamado los Castillejos, á poca distancia de Ceuta, se trabó una reñida batalla con los moros que mandaba como *califa* ó lugarteniente del sultan su hermano Muley-el-Abbas, en la cual fueron los enemigos vencidos, aunque no sin pérdidas sensibles, merced al señalado valor del general Prim y de sus tropas, probado ya en varias escaramuzas sangrientas, y á la ayuda que le prestó con las suyas el general Zavala, que enfermo desde el dia siguiente, se despidió del ejército con aquel hecho de armas. No opusieron los moros, escarmentados en aquella ocasion, toda la resistencia que se esperaba en los desfiladeros que hay entre Ceuta y el valle de Tetuan; pero la ofrecieron bastante sin embargo, y el ejército, abriendo como los antiguos romanos el camino por donde iba pasando y seguido á lo largo de la costa por la escuadra que mandaba el general Bustillos, llegó al cabo de quince dias de penosa marcha con todo su material á la desembocadura del rio Guadaljelú ó Martin, donde le habia precedido por mar una nueva division salida de la Península. Esta marcha ejecutada en medio de temporales furiosos, durante los cuales llegó á estar incomunicado el ejército, y á escitar grande ansiedad en España su suerte, peleando diariamente y venciendo siempre á los marroquíes que le acosaban, luchando con el cólera que diezmaba en tanto las filas y con todo género de privaciones ha sido admirada en Europa y ha señalado un puesto entre los buenos soldados del mundo al general conde de Lucena, y á los individuos de todas clases que la emprendieron á sus órdenes. Ya sobre la ria de Tetuan y mientras se fortificaba y se abastecia de nuevo el ejército, hubo que sostener nuevos combates y otra sangrienta batalla contra los moros, que en número considerable atacaron nuestras posiciones el dia 31 de enero, siendo rechazados como de costumbre, mas no sin gran pérdida por ambas partes. Pero donde realmente

se decidió del éxito de la guerra, fué el 4 de febrero en la batalla de Tetuan. Los cuerpos segundo y tercero enérgicamente conducidos por los generales Prim y Ros de Olano (1), y bajo la direccion inmediata del general en jefe, conde de Lucena, destrozaron en este dia al ejército moro, que podria ascender á treinta y cinco mil hombres, mandados por Muley-el-Abbas y Sidi Ahmed otro de sus hermanos, dentro de un campamento fortificado; tomáronles ocho cañones, dos banderas, ochocientas tiendas, camellos y muchos pertrechos de guerra. Dos dias despues Tetuan abrió sus puertas á los españoles, sin intentar defenderse á pesar de que se hallaron en su recinto ochenta piezas de artillería, excelentes muchas de ellas, como que habian formado parte de los regalos que en otro tiempo hacian periódicamente las naciones marítimas al imperio. Fué grande el espanto de los moros con estos sucesos. Reconociendo su inferioridad en la lucha, pidió el enemigo el dia 11 de febrero la paz y el 23 del mismo, el general conde de Lucena, elevado á la dignidad de duque de Tetuan y el *califa* Muley-el-Abbas, celebraron una conferencia en la cual, no fué posible entenderse. Rotas, pues, de nuevo las hostilidades, el general Bustillos con una escuadra compuesta de un navío, dos fragatas de vela y dos de hélice, tres vapores de ruedas de 350 á 500 caballos y otros varios buques, bombardeó los fuertes de Larache y Arcilla. Lo mismo en estas ocasiones que en el bombardeo de los fuertes de la ria de Tetuan, ejecutado por el general Diaz Herra antes de que saliese el ejército de Ceuta, y en los combates verificados en la costa al alcance de los buques menores de la escuadra, cumplió esta con su deber, mostrándose digna hermana del ejército. Hubo luego nuevos choques por tierra, de los cuales fué el combate ó batalla de Samsa, en que las tropas de vanguardia á las órdenes del general Echagüe que habian venido á reforzar el ejército en las alturas de Tetuan ar-

(1) Mandaban las cuatro pequeñas divisiones de que se componian estos cuerpos, los generales Orozco, O'Donnell (D. Enrique), Turon y Quesada.

rollaron valientemente al enemigo, ayudadas con su ordinario esfuerzo por el general Prim y su cuerpo. Hiciéronse luego los preparativos para conducir el tren de sitio que no habia sido necesario á Tánger; mandóse reunir en Algeciras la escuadra del general Bustillos, que bien pronto llegó á contar con los refuerzos recibidos, dos navíos de línea y tres fragatas de vela, dos fragatas y cuatro goletas cañoneras de hélice, una fragata de vapor de fuerza de 500 caballos, dos corbetas de 350 y otros cinco ó seis vapores de menos porte, y una division de lanchas cañoneras; y el 23 de marzo, calmados un tanto los constantes temporales que han acosado al ejército durante la guerra, se puso de nuevo éste en marcha. A una legua de Tetuan lo aguardaba Muley-el-Abbas con treinta y cinco á cuarenta mil hombres, de refresco muchos, y todos resueltos á cerrar el paso ó morir en la demanda. Dióse entonces la batalla de Gualdrás (1), en que tomaron parte los cuerpos de los generales Echagüe, Prim y Ros y el de reserva, mandado por Rios y por Makenna, inferiores en fuerza al enemigo, pero rivales todos en denuedo, oficiales y soldados; y fué el enemigo completamente derrotado á punto de solicitar de nuevo la paz, que el vencedor duque de Tetuan concedió al *califa* que vino á pedirla en persona, despues de aceptar sin reserva las condiciones que habia rechazado pocos dias antes. En los preliminares de paz quedó pactado: que Marruecos cediera á España á perpetuidad y en pleno dominio y soberanía, todo el territorio comprendido desde el mar, siguiendo las alturas de Sierra Bullones hasta el barranco de Anghera; que Marruecos se aviniese tambien á conceder á perpetuidad en la costa del Océano, en Santa Cruz la Pequeña, el territorio suficiente para la formacion de un establecimiento como el que España tuvo allí anteriormente; que se ratificára á la mayor brevedad posible el convenio relativo á las plazas de Melilla, el Peñon y Alhucemas, que los plenipotenciarios de España y Marrue-

(1) Mandaba la caballería en esta batalla el mariscal de campo don Félix Alcalá Galiano, que fué levemente herido.

cos firmaron en Tetuan á 24 de agosto de 1859; que se pagase á España, como justa indemnizacion por los gastos de la guerra, la suma de 20.000,000 de duros, estipulándose la forma del pago de esta suma en el tratado definitivo de paz; que la ciudad de Tetuan, con todo el territorio que formaba el antiguo Bajalato del mismo nombre, quedára en poder de España como garantía hasta el completo pago de la indemnizacion de guerra, evacuando enteramente las tropas españolas la ciudad y su territorio, tan luego como dicha obligacion se cumpliese; que se celebrára un tratado de comercio, en el cual se estipulasen en favor de España todas las ventajas que se hubieran concedido ó se concediesen en el porvenir á la nacion mas favorecida; que á fin de evitar en adelante sucesos como los que dieron ocasion á la guerra actual, pudiera el representante de España residir en Fez ó en el punto mas conveniente para la proteccion de los intereses españoles y mantenimiento de las buenas relaciones entre ambos estados; que el rey de Marruecos autorizara en Fez el establecimiento de una casa de misioneros españoles, como la existente en Tánger; y por último, que S. M. la Reina de las Españas nombrára desde luego dos plenipotenciaros para que con otros dos que designase el sultán de Marruecos estendieran las capitulaciones definitivas de paz; debiéndose reunir dichos plenipotenciarios en la ciudad de Tetuan y dar por terminados sus trabajos en el plazo mas breve posible, que nunca podria eseeder de treinta dias, á contar desde la fecha en que se firmaron los preliminares. Con arreglo, pues, á estos preliminares y sin otra circunstancia notable que haberse establecido para el pago de la indemnizacion de guerra que el primer plazo se pague en 1.º de julio del presente año, y el último en 28 de diciembre, se firmó definitivamente el tratado de paz de Tetuan en la noche del 26 de abril último. Los negociadores por parte de España fueron el general García jefe del estado mayor del ejército, que se habia distinguido en la guerra, y D. Tomás Ligües y Bardají, director de política en el ministerio de Estado. Por parte de los marroquíes fueron Sidi Mohammed-el-jatib,

su ministro, y Ahmed-el-Chablí, otro funcionario importante. Pero no se llevó á cabo la redaccion del tratado sin que tuviese lugar una nueva conferencia de muchas horas entre el *califa* Muley-el-Abbas y el general duque de Tetuan, en la cual el xerife reconoció lealmente todas las obligaciones que los preliminares le imponian, quejándose de su mala fortuna ó mas bien de la desorganizacion de sus fuerzas, que á pesar del valor de los individuos le obligaba á asentir á tan onerosas condiciones de arreglo. Y lo mismo en esta última conferencia que en las otras, ha llamado la atencion de los españoles la urbanidad y dulzura del vencido xerife y la gravedad y sinceridad de sus capitanes, así como los moros han admirado y aplaudido la cordialidad y gentileza con que han sido recibidos siempre por los caudillos y soldados españoles. La imaginacion se complace en estas escenas como en aquellas que recuerda el *Romancero*, de Sevilla ó Granada, donde competian cristianos y moros en generosidad y bizarría. Hoy, como entonces los enemigos irreconciliables del dia de batalla se han juntado como hermanos á celebrar la paz. Hoy, como entonces, vuelven respetando los vencedores á los vencidos, y los vencidos se van estimando á sus vencedores. Está, pues, reanudada nuestra historia: la historia interrumpida en la desembocadura del Guadalhorce y del Guadalfeo por cerca de cuatro siglos.

Durante esta guerra sangrienta solo un desastre ha esperimentado nuestra bandera: en una salida ligeramente dispuesta por el gobernador de Melilla, Buceta, que enfermo á la sazon no pudo conservar el mando de la guarnicion, fué esta derrotada y obligada á refugiarse en la plaza. Todos los otros dias de lucha se han señalado por nuevos triunfos. Y no solo el ejército de operaciones ha merecido en tales circunstancias aplauso. Dentro de la Península ha habido generales ilustres que puestos al frente de los distritos en que con alta prevision se dividieron las fuerzas que quedaban, no solo han conservado el órden público, sino que han ayudado eficazmente al ejército y á su general en jefe, organizando los hospitales, las re-

servas, los transportes, y compitiendo en abnegacion ya que no tenian la fortuna de competir en el peligro con sus compañeros de Africa. El gobierno, y señaladamente el ministro de Hacienda, han puesto de su parte cuánto era posible para el buen éxito de la guerra. Las diputaciones provinciales, los ayuntamientos, las corporaciones de toda especie, el pais entero, han ofrecido con profusion donativos para la guerra y para el socorro de los heridos é inutilizados en ella. Los vecinos de Madrid, especialmente, han hecho para este último objeto un donativo cuantioso; y las ciudades de Sevilla, Cádiz, Málaga, Algeciras y Ceuta, donde han estado los hospitales establecidos se han señalado con hechos de caridad y entusiasmo indecibles. Málaga sobre todo, donde algunas señoras mas distinguidas por su virtud que por sus riquezas establecieron un hospital á su costa, se ha hecho acreedora al agradecimiento del ejército y al aplauso de la nacion entera. Los partidos todos, menos algunos ilusos carlistas, han depuesto sus discordias en aras de la union necesaria á la patria para vencer en la contienda. Todo, en fin, ha sido grande y noble; y el dia en que se supo la toma de Tetuan especialmente no se borrará jamás, de seguro, de la memoria de los españoles y de su Reina. Por su parte los marroquíes han defendido con heróico valor, justo es decirlo, sus desiertas montañas; desengañados con el ejemplo terrible de Ysly de la debilidad de su caballería, han lanzado sobre nuestro ejército lo mismo en los montes que en los llanos nubes de infantes y tiradores diestrísimos, que han ensangrentado largamente nuestras victorias. Pocos de sus muertos han quedado en los campos: solo algunos cuantos heridos hemos llegado á tener prisioneros. Vencidos han sobrellevado con noble resignacion y con intrépida firmeza su desgracia. Despues de hecha la paz han cumplido con admirable exactitud la suspension de hostilidades. Y cuantos los han visto y alternado con ellos esperan que lealmente cumplirán del mismo modo las condiciones de la paz estipulada. Esto aplazará las probabilidades de una nueva lucha que no dejará sin embargo, de empeñarse tarde ó tem

prano, si como es de temer, el mahometismo se hace inaccesible de todo punto á la civilizacion europea; si no halla otro auxiliar que las armas nuestro legítimo y necesario influjo en la vecina costa africana; si nosotros, ó nuestros hijos y nuestros nietos, necesitamos apelar á la conquista para asegurar nuestra posicion en Europa y cumplir en Africa nuestro destino.

XVII.

El autor de estos *Apuntes* al escribirlos por primera vez en los últimos meses de 1851 (1) estampaba por epílogo las siguientes consideraciones: «Nuestra tarea está terminada. No »es culpa nuestra si este escrito antes antes parece una breve »crónica que no un compendio filosófico de la historia del »Mogreb-alacsa. La historia de esta region está por hacer, y »no era posible en tan corto espacio llenar tan lamentable va»cío. Los anales y las crónicas aparecen antes que la historia »en todas partes; que esta es como la última espresion, como »la fórmula acabada del pensamiento y de la vida de un pue»blo. En cuanto á la filosofía de la historia, poco tiene que »hacer aquí, como no sea que busque comprobantes para sus »teorías sobre las causas y efectos de la barbarie y el fanatis»mo. El Mogreb-alacsa es la antigua Mauritania Tingitana, »que aparece en la historia con Boco, y que luego es con»quistada por Genserico y por Muza. No se hallará alterado »en lo esencial el sistema social y político; no se hallará de se»guro reforma ni adelanto en punto á artes y comercio, y »agricultura é industria. La grandeza del tiempo de los Almo»ravides y Almohades, y de los primeros Benimerines, des»apareció como un relámpago; solo quedan de ella algunas

(1) Una parte de estos *Apuntes* ha sido redactada de nuevo y mas estensamente: otra ha quedado como se publicó entonces con solo insignificantes variaciones.

»mezquitas en Africa, y algunos pergaminos casi por esplorar »en las bibliotecas de Europa. Perdióse hasta el nombre de »tantos poetas y sábios y artistas; solo quedan los guerreros, »y esos humillados y vencidos, porque en las campañas de »nuestros dias sirven de mas las matemáticas que el valor, y »de mas los libros que las espadas. Nacion idéntica á sí mis»ma en todos los tiempos, cuando las familias que ocupan el »litoral, flaquean ó se impregnan en las ideas del resto del »mundo nuevas familias, desprendidas como aluvion de los »desiertos, se encargan de restablecer las cosas en su pristino »estado. Así sucederá por todos los tiempos mientras una na»cion europea no ponga el pié en esas playas casi indefensas, »y ponga un dique invencible á las invasiones de las tribus »bárbaras de lo interior. Cuál sea esta nacion, no lo sabemos. »Pero hay una ley histórica que hemos venido observando al »traves de los siglos en el Mogreb alacsa; la cual dice claro »que el pueblo conquistador que llegue á dominar en una de »las orillas del Estrecho de Gibraltar, antes de mucho tiempo »dominará en la orilla opuesta. Esta ley no dejará de cum»plirse. Y si no hay en España bastante valor ó bastante inte»ligencia para anteponerse á las otras naciones en el dominio »de las fronteras playas, dia ha de llegar en que sucumba »nuestra independencia, y nuestra nacionalidad desaparezca »quizás para no resucitar nunca. Ahí enfrente hay para nos»otros una cuestion de vida ó muerte: no vale olvidarla, no »vale volver los ojos á otras parte; el dia de la resolucion lle»gará, y si nosotros no atendemos á resolverla, otros se en»cargarán de ello de muy buena voluntad. En el Atlas está »nuestra frontera natural; que no en el canal estrecho que »junta el Mediterráneo con el Atlántico: es leccion de la an»tigua Roma.» Habia sido este el primer ensayo del autor en el difícil género de la historia, y luego despues dió á luz otro ensayo mas estenso, y de alguna mayor importancia, con el título de *Historia de la decadencia de España*. Esta obra terminada en los primeros meses de 1854 acaba con una apreciacion mas lata aun del porvenir de nuestra política. «Con la

»guerra de la independencia, decia allí el autor, donde el an»tiguo carácter español se mostró de repente tan poderoso »como en sus mejores dias; con la última guerra de sucesion »donde tambien se ha empleado en las opuestas pretensiones »algo de la fortaleza y esfuerzo moral del siglo XVI, y con »los sacudimientos revolucionarios que han esparcido nuevas »ideas y leyes, y necesidad es por todas partes, desenvol»viendo una gran actividad y un anhelo fructífero de trabajo »y de adelantos materiales se ha inaugurado un nuevo perió»do histórico para España. Período decisivo cuya responsa»bilidad no podrá menos de espantar á todos los que sintién»dola en sí como hijos de esta época, consagren algun culto »al deber y al patriotismo, aquellas nobles ideas por las cua»les vivieron y murieron nuestros padres. España puede ser »todavía una gran nacion continental y marítima, uniéndose »pacífica y legalmente con Portugal, su hermana, comprando »ó conquistando á Gibraltar tarde ó temprano, y estendién»dose por la vecina costa de Africa. Pero tambien puede que»dar reducida á nulidad vergonzosa, ejecutándose en todo ó »en parte aquel antiguo pensamiento de los Bonapartes, que »era traer al Ebro la frontera francesa, y, dando á Portugal la »Galicia, repartir la Península entre dos coronas casi iguales »en poderío. La sabiduría del trono, el patriotismo de la na»cion, el espíritu de libertad y de gloria, pueden lograr lo pri»mero. La imbecilidad de los que manden y el envilecimiento »de los que obedezcan pueden traernos á lo segundo. Y no »hay tanto que esperar como se piensa, porque el mapa de »Europa va á constituirse de nuevo.» Eran críticos momentos para la patria, críticos instantes para él mismo aquellos en que el autor de los presentes *Apuntes* escribia tales palabras. Precisamente el movimiento lógico de las ideas y de las afinidades políticas le habia traido á ser entonces uno de los que seguian la suerte y los pensamientos políticos del actual vencedor de Marruecos. Dos cosas presentia ya el oscuro escritor de aquel tiempo: la una que, en medio de las difíciles circunstancias políticas de la época los nuevos destinos de España

estaban próximos á ser iniciados, con buena ó con triste fortuna: la otra, que hoy callaria si no la hubiese dejado entender sobradamente en la ocasion referida, que solo el sistema político que á la sazon representaba el conde de Lucena podia poner al pais en disposicion de acometer empresas grandes con medianas probabilidades de buen éxito. No han engañado al autor ninguno de estos dos presentimientos, y si los recuerda ahora, no es por alarde de prevision seguramente, ni menos aun por ensalzar las ventajas ó los triunfos de un partido político en lo que es sin duda alguna gloria de todos los españoles sin distincion de opiniones. Su único propósito es dejar establecidos los antecedentes necesarios antes de esplicar, siquiera sea en breves palabras la relacion que hay entre las opiniones antecitadas del autor de estos *Apuntes*, y las que ha profesado durante los últimos sucesos.

La paz recientemente ajustada con Marruecos ha sido mal acogida, en lo general del pais, no hay que dudarlo: se ha pactado el abandono de Tetuan, única conquista importante de la guerra: se han limitado nuestras ventajas actuales á llevar á las vertientes septentrionales de Sierra-Bullones nuestra frontera. ¿Es esto lo que esperaba la nacion de la guerra? No seguramente. ¿Pero es esto lo que debia desear ó esperar de la guerra el escritor que nueve años antes habia aspirado á que se llevasen hasta el Atlas los límites de nuestra dominacion reconstituyendo la España de los romanos, de los godos, y de los insignes ben-humeyas de Córdoba? Sí; esto esperaba solamente; esto poco mas ó poco menos; y no tiene inconveniente en declararlo el dia despues de la paz porque era de los que la víspera de aquel acontecimiento sustentaban esta opinion sin reserva. Por humilde que se considere el que escribe estas líneas basta que se haya dirigido al público en estas dos distintas ocasiones para que este tenga derecho á investigar la consecuencia de sus juicios, y para que él se crea en la obligacion de demostrarla. La opinion pública procede mas por inspiracion que por razon: sus sentimientos respeta-

bles siempre porque son generosos y nobles deben tenerlos en cuenta todos los gobiernos dignos de tal nombre: sus ideas y sus proyectos deben ser pesados detenidamente en la ejecucion por los hombres que están encargados en el órden práctico de las cosas, de realizar con arreglo á la posibilidad y á la conveniencia del momento las generales aspiraciones. La idea de dominar en Africa y reconstituir allí nuestros antiguos límites es en sí grande, noble, útil, posible en la historia; y como la paz no ha realizado desde luego este fin tiene fácil y satisfactoria esplicacion el espontáneo sentimiento que ha motivado el disgusto público. Mas juzgando con frialdad las cosas, no ahora que otros acontecimientos han distraido la atencion general, y justificado á los ojos del mayor número la prevision del gobierno, sino cuando era mas cruda la guerra, y nadie divisaba su término, ¿debia nadie exigir que hoy mismo, apenas restablecido el pais de sus largas discordias, convaleciente la hacienda, naciente la actividad productora del comercio, la agricultura y la industria, se emprendiese la obra de llevar de una vez al Atlas nuestra frontera? Aunque sean esos los destinos de nuestra raza en su futuro desarrollo histórico ¿no habia hasta el peligro de malograrlos para siempre, pretendiendo su cumplimiento á deshora? ¡Hartas empresas fuera de ocasion, antes ó despues de ser posibles registran nuestros anales patrios! ¡Harto esplican ellas la decadencia política que lloramos todavía! La política es la realizacion en cada momento de la historia de la parte que en él es posible llevar á cabo de la aspiracion ideal de una raza ó de una generacion entera de hombres. Solo la poesía puede prescindir del tiempo y del espacio, del número y de la medida, en la espresion de sus sentimientos. En cuanto á los hombres de Estado, preciso es que sepan que lo son para dirigir la política y no para realizar las inspiraciones poéticas de las naciones. Desde estos puntos de vista, el escritor de 1851 y el de 1860 pueden aparecer, y aparecen realmente como uno mismo, á pesar de la aparente diversidad de sus apreciaciones.

No es porque Tetuan sea una mala ciudad, por lo que la evacuacion era necesaria á nuestro juicio: como ella es han sido las mejores ciudades españolas en otro tiempo. No es, ni mucho menos, por evitar al ejército alguna parte de sus dolorosos sacrificios por lo que la paz debe parecer escusable. ¡Ay de las naciones donde se pese ó se cuente el precio de la gloria, donde los ejércitos escatimen su sangre, donde los pueblos regateen su dinero cuando se trate de grandes intereses morales ó de grandes intereses futuros! Ni al ejército ni á la nacion española debe hacerse semejante injuria. ¿Cuántas rocas hay en España que valieran la sangre que costaron á nuestros padres? ¿Qué cosa material buscaban en Mulhberg los soldados de Cárlos V? ¿Qué inmediatos frutos esperaban en la mar de Lepanto los marineros de Felipe II? ¿Está bien averiguado que la guerra de la Independencia favoreciese nuestros intereses materiales é inmediatos? ¿No hay á nuestras puertas hoy dia quien sabe ir á Sebastopol solo por ensayarse á hacer gran papel en Europa? ¡Infelices de los que no sienten estas verdades mas evidentes para los buenos que los mas sencillos teoremas geométricos! ¡Ay, volvemos á decir, del pais donde pueden pronunciarse siquiera semejantes sentimientos sin vergüenza ó sin escándalo público! Lo que hay es que las obras de la política son por naturaleza, para ser seguras, sucesivas y lentas; que el año de 1860 ha cumplido con su mision, y que es menester que otros años futuros se encarguen de hacer lo que falta. Lo que hay es que el éxito de mañana exije la paciencia y la espera de ahora. Lo que hay finalmente es que con nuestra frontera al pié de Sierra-Bullones podemos esperar á que la conquista ó el influjo pacífico de nuestra cultura, preparen á nuestros hijos ó á nuestros nietos la completa realizacion de la obra civilizadora que ellos solos deben cumplir, y que el mundo entero está interesado en que tarde ó temprano se cumpla en Africa. No es posible que la barbarie sea eterna solo en la España tingitana: no seria digno, ni político, ni posible tampoco, que otra nacion que la nuestra se encargarse de desterrarla de nuestra vista. Lo mis-

mo decimos hoy que hace algunos años, acerca de este punto. No ha hecho pues, el duque de Tetuan en Africa todo lo que está llamada á hacer allí la raza española; esto es para nosotros evidente. Pero ¿habrá quien le dispute en lo porvenir la honra insigne de haber comenzado esta grande empresa? No, es una cosa tambien evidente á nuestros ojos. Y eso, aunque el porvenir nebuloso del mundo en nuestros dias nada diga á la posteridad en favor de la moderacion y de la reserva con que ha iniciado el duque de Tetuan nuestra política en Africa. Porque no hay que olvidar que los sucesos tienen de tiempo en tiempo semejanzas estrañas. No há mucho que al saberse las exigencias imperiosas de Inglaterra para que no ocupásemos á Tánger hemos visto reanimarse en España las muertas cenizas del pacto de familia: la política de Floridablanca y de Godoy parecia justificada de un golpe: no faltó mas que una escuadra que juntar á las naves francesas de Algeciras y una señal de as Tullerías para marchar de nuevo á San Vicente, á Trafalgar, á las mares gloriosas que fueron sepulcro de nuestra armada. Mientras Inglaterra temia un nuevo bloqueo de Gibraltar con la sumision del Sultan á la España, la España olvidaba la tradicion nefanda del pacto de familia y del tratado de San Ildefonso, y se colocaba en la corriente de aquellos acontecimientos funestos. Y es que en tanto que flote el pabellon inglés sobre la punta de Europa habrá que esperar siempre que se renueven aquellos desaciertos fatales de nuestra historia. Por mas que la Inglaterra y la España sean aliadas naturales en la política general del mundo, son y deben ser mortales, irreconciliables, legítimas enemigas ahora y siempre, mientras posea á Gibraltar la primera, mientras tengan ambas contrarios intereses en el Estrecho. Ahora, sin embargo, la moderacion de la Inglaterra y la del gobierno español nos han salvado tal vez de un gran riesgo: Dios quiera que la política *de las fronteras naturales* no haga mas patentes aun las ventajas de esta moderacion mútua. Porque nosotros, ¿á qué negarlo? queremos, respetamos, admiramos á la Francia; pero ni ahora ni nunca perdonariamos á un gobierno español, que en sus miras

políticas y en su conducta, por un momento siquiera olvidase que tenemos vecina á la abierta cumbre de los Pirineos, la mas fuerte, la mas belicosa, la mejor dirigida por lo comun de las naciones continentales. Es reflexion, que sin pensarlo se dibuja en la fantasía, al poner fin á esta relacion sucinta de las cosas que en los antiguos y modernos tiempos han ocurrido en la vecina costa del Mogreb-alacsa, Mauritania, ó España tingitana y transfretana, porque la política como la vida se nutre solo con los elementos y con las circunstancias que la rodean; y no hay en ella detalle que no tenga que subordinarse al punto de vista general del mundo en una época dada de la historia.

TRATADO DE PAZ

entre España y Marruecos.

«En nombre de Dios Todopoderoso. Tratado de paz y amistad entre los muy poderosos príncipes, S. M. doña Isabel II, reina de las Españas, y Sidi-Mohammed, rey de Marruecos, Fez, Mequinez, etc., siendo las partes contratantes por S. M. Católica, sus plenipotenciarios D. Luis García y Miguel, caballero gran cruz de las reales y militares órdenes de San Fernando y San Hermenegildo, de la distinguida de Cárlos III y de la de Isabel la Católica, condecorado con dos cruces de San Fernando de primera clase y otras por acciones de guerra, oficial de la Legion de Honor de Francia, teniente general de los ejércitos nacionales y jefe de Estado Mayor general del ejército de Africa, etc. etc.; y D. Tom»s de Ligues y Bardaji, mayordomo de semana de S. M. Católica, grefier y rey de armas que ha sido de la insigne órden del Toison de Oro, comendador de número de las reales órdenes de Cárlos III é Isabel la Católica, caballero de la inclita militar de San Juan de Jerusalem, gran oficial de la militar y religiosa

de San Mauricio y San Lázaro de Cerdeña, de la del Medjdié de Turquía y de la del Mérito de la Corona de Baviera, comendador de la de Santiago de Aris de Portugal y de la de Francisco I de Nápoles, ministro residente y director de política en la primera secretaría de Estado, etc., etc.; y por S. M. marroquí sus plenipotenciarios el siervo del emperador de Marruecos y su territorio su representante, confidente del emperador, el abogado, el Sid Mohammed-el-Jetib, y el siervo del emperador de Marruecos y su territorio, jefe de la guarnicion de Tánger, caid de la caballería el Sid-el-Hadeh Ajinad, Chabli ben Abd el Melck, los cuales, debidamente autorizados, han convenido en los artículos siguientes:

Artículo 1.° Habrá perpétua paz y buena amistad entre S. M. la reina de las Españas y S. M. el rey de Marruecos, y entre sus respectivos súbditos.

Art. 2.° Para hacer que desaparezcan las causas que motivaron la guerra, hoy felizmente terminada, S. M. el rey de Marruecos, llevado de su sincero deseo de consolidar la paz, conviene en ampliar el territorio jurisdiccional de la plaza española de Ceuta hasta los parajes mas convenientes para la completa seguridad y resguardo de su guarnicion, como se determina en el artículo siguiente.

Art. 3.° A fin de llevar á efecto lo estipulado en el artículo anterior, S. M. el rey de Marruecos cede á S. M. la reina de las Españas, en pleno dominio y soberanía, el territorio comprendido desde el mar, siguiendo las alturas de Sierra Bullones, hasta el barranco de Anghera.

Como consecuencia de ello, S. M. el rey de Marruecos cede á S. M. la reina de las Españas, en pleno dominio y soberanía, todo el territorio comprendido desde el mar, partiendo próximamente de la punta oriental de la primera bahía de Handaz Bahma, en la costa Norte de la plaza de Ceuta por el barranco ó arroyo que allí termina, siguiendo luego á la porcion oriental del terreno, en donde la prolongacion del monte del Renegado, que corre en el mismo sentido de la costa, se deprime mas bruscameute para terminar en un escarpado pun-

teagudo de piedra pizarroso y desciende costeando desde el boquete ó cuello, que allí se encuentra por la falda ó vertiente de las montañas ó estribos de Sierra Bullones, en cuyas principales cúspides están los reductos de Isabel II, Francisco de Asís, Pinies, Cisneros y Príncipe Alfonso, en árabe Uad-aniat, y termina en el mar formando el todo un arco de circulo que muere en la ensenada del Príncipe Alfonso, en árabe Uad-aniat, en la costa Sur de la mencionada plaza de Ceuta, segun ya ha sido reconocido y determinado por los comisionados españoles y marroquíes, con arreglo al acta levantada y firmada por los mismos en 4 de abril del corriente año.

Para conservacion de estos mismos límites, se establecerá un campo neutral, que partirá de las vertientes opuestas del barranco hasta la cima de las montañas, desde una á otra parte del mar, segun se estipula en acta referida en este mismo artículo.

Art. 4.º Se nombrará seguidamente una comision compuesta de ingenieros españoles y marroquíes, los cuales enlazarán con postes y señales las alturas espresadas en el artículo 3.º, siguiendo los límites convenidos.

Esta operacion se llevará á efecto en el plazo mas breve posible, pero su terminacion no será necesaria para que las autoridades españolas ejerzan su jurisdiccion en nombre de S. M. Católica en aquel territorio, el cual, como cualesquiera otros que por este tratado ceda S. M. el rey de Marruecos á S. M. Católica, se considerará sometido á la soberanía de S. M. la reina de las Españas desde el dia de la firma del presente convenio.

Art. 5.º S. M. el rey de Marruecos ratificará á la mayor brevedad el convenio que los plenipotenciaros de España y Marruecos firmaron en Tetuan el 24 de agosto del año próximo pasado de 1859.

S. M. marroquí confirma desde ahora las cesiones territoriales que por aquel pacto internacional se hicieron en favor de España y las garantías, los privilegios y las guardias de moros de rey otorgados al Peñon y Alhucemas, segun se es-

presa en el art. 6.º del citado convenio sobre los límites de Melilla.

Art. 6.º En el límite de los terrenos neutrales concedidos por S. M. el rey de Marruecos á las plazas españolas de Ceuta y Melilla, se colocará por S. M. el rey de Marruecos un caid ó gobernador con tropas regulares, para evitar y reprimir las acometidas de las tribus.

Las guardias de moros de rey para las plazas españolas del Peñon y Alhucemas, se colocarán á la orilla del mar.

Art. 7.º S. M. el rey de Marruecos se obliga á hacer respetar por sus propios súbditos los territorios que, con arreglo á las estipulaciones del presente tratado, quedan bajo la soberanía de S. M. la reina de las Españas.

S. M. Católica podrá, sin embargo, adoptar todas las medidas que juzgue adecuadas para la seguridad de los mismos, levantando en cualquier parte de ellos las fortificaciones y defensas que estime convenientes, sin que en ningun tiempo se oponga á ello obstáculo alguno por parte de las autoridades marroquíes.

Art. 8.º S. M. marroquí se obliga á conceder á perpetuidad á S. M. Católica en la costa del Océano, junto á Santa Cruz la Pequeña, el territorio suficiente para la formacion de un establecimiento de pesquería, como el que España tuvo allí antiguamente.

Para llevar á efecto lo convenido en este artículo, se pondrán préviamente de acuerdo los gobiernos de S. M. Católica y S. M. marroquí, los cuales deberán nombrar comisionados por una y otra parte para señalar el terreno y los límites que deba tener el referido establecimiento.

Art. 9.º S. M. marroquí se obliga á satisfacer á S. M. Católica, como indemnizacion para los gastos de la guerra, la suma de veinte millones de duros, ó sean cuatrocientos millones de reales de vellon. Esta cantidad se entregará por cuartas partes á la persona que designe S. M. Católica, y en el puerto que designe S. M. el rey de Marruecos, en la forma siguiente: cien millones de reales vellon en 1.º de julio, cien millones de

reales vellon en 29 de agosto, cien millones de reales vellon en 29 de octubre y cien millones de reales vellon en 28 de diciembre del presente año.

Si S. M. el rey de Marruecos satisfaciese el total de la cantidad primeramente citada antes de los plazos marcados, el ejército español evacuará en el acto la ciudad de Tetuan y su territorio.

Mientras este pago no tenga lugar, las tropas españolas ocuparán la indicada plaza de Tetuan y el territorio que comprendia el antiguo bajalato de Tetuan.

Art. 10. S. M. el rey de Marruecos, siguiendo el ejemplo de sus ilustres predecesores que tan eficaz y especial proteccion concedieron á los misioneros españoles, autoriza el establecimiento en la ciudad de Fez de una casa de misioneros españoles, y confirma en favor de ellos todos los privilegios y las esenciones que concedieron en su favor los anteriores soberanos de Marruecos.

Dichos misioneros españoles en cualquier parte del imperio marroquí donde se hallen ó se establezcan, podrán entregarse libremente al ejercicio de su sagrado ministerio, y sus personas, casas y hospicios disfrutarán de toda la seguridad y la proteccion necesarias.

S. M. el rey de Marruecos comunicará en este sentido las órdenes oportunas á sus autoridades y delegados para que en todos tiempos se cumplan las estipulaciones contenidas en este artículo.

Art. 11. Se ha convenido espresamente que cuando las tropas españolas evacuen á Tetuan, podrá adquirirse un espacio proporcionado de terreno próximo al consulado de España para la construccion de una iglesia donde los sacerdotes españoles puedan ejercer el culto católico y celebrar sufragios por los soldados españoles muertos en la guerra.

S. M. el rey de Marruecos promete que la iglesia, la morada de los sacerdotes y los cementerios de los españoles, serán respetados, para lo que comunicará las órdenes convenientes.

Art. 12. A fin de evitar sucesos como los que ocasionaron la última guerra y facilitar en lo posible la buena inteligencia entre ambos gobiernos, se ha convenido que el representante de S. M. la reina de las Españas en los dominios marroquíes resida en Fez ó en la ciudad que S. M. la reina de las Españas juzgue mas conveniente para la proteccion de los intereses españoles y el mantenimiento de amistosas relaciones entre ambos Estados.

Art. 13. Se celebrará á la mayor brevedad posible un tratado de comercio en el cual se concederán á los súbditos españoles todas las ventajas que se hayan concedido ó se concedan en el porvenir á la nacion mas favorecida.

Persuadido S. M. el rey de Marruecos de la conveniencia de fomentar las relaciones comerciales entre ambos pueblos, ofrece contribuir por su parte á facilitar todo lo posible dichas relaciones, con arreglo á las mútuas necesidades y conveniencia de ambas partes.

Art. 14. Hasta tanto que se celebre el tratado de comercio á que se refiere el artículo anterior, quedan en su fuerza y vigor los tratados que existian entre las dos naciones antes de la última guerra, en cuanto no sean derogados por el presente.

En un breve plazo, que no escederá de un mes desde la fecha de la ratificacion de este tratado, se reunirán los comisionados nombrados por ambos gobiernos para la celebracion del de comercio.

Art. 15. S. M. el rey de Marruecos concede á los súbditos españoles el poder comprar y esportar libremente las maderas de los bosques de sus dominios, satisfaciendo los derechos correspondientes, á menos que, por una disposicion general crea conveniente prohibir la esportacion á todas las naciones, sin que por esto se entienda alterada la concesion hecha á S. M. Católica por el convenio del año de 1799.

Art. 16. Los prisioneros hechos por las tropas de uno y otro ejército durante la guerra que acaba de terminar, serán nmediatamente puestos en libertad y entregados á las respectivas autoridades de los dos Estados.

El presente tratado será ratificado á la mayor brevedad posible, y el canje de las ratificaciones se efectuará en Tetuan en el término de veinte dias ó antes si pudiera ser.

En fé de lo cual, los infrascritos plenipotenciarios han estendido este tratado en los idiomas español y árabe en cuatro ejemplares, uno para S. M. Católica, otro para S. M. marroquí, otro que ha de quedar en poder del agente diplomático ó del cónsul general de España en Marruecos y otro que ha de quedar en poder del encargado de las relaciones esteriores de este reino, y los infrascritos plenipotenciarios los han firmado y sellado con el sello de sus armas en Tetuan á veinte y seis de abril de mil ochocientos sesenta de la era cristiana, y cuatro del mes de chual del año de mil doscientos sesenta y seis de la egira.

Firmado.—Luis Garcia.

Firmado.—Tomás de Ligues y Bardají.

Firmado.—El siervo de su criador, Mohammed el Jetib, á quien sea Dios propicio.

Firmado.—El siervo de su criador, Ajmad el Chabli, hijo de Abd-el-Melek.

Está conforme.»


